

Renovación Nacional y la transición chilena, 1984-2005 ¿Partido liberal o partido instrumental?

Renovación Nacional and the Chilean transition, 1984-2005. Liberal or instrumental party?

Aníbal Pérez Contreras¹

Recibido: 15 de diciembre de 2022. Aceptado: 25 de marzo de 2023.
Received: December 15, 2022. Approved: March 25, 2023.

RESUMEN

El presente artículo versa sobre la historia de Renovación Nacional. En particular discute con aquellas miradas que lo han pensado como un partido renovador y representante de una nueva centro-derecha liberal de cara a la “democracia de los acuerdos” durante la transición. Por el contrario, la hipótesis del trabajo sostiene que dicha agrupación fue más bien un partido instrumental de distintas corrientes de la derecha chilena. Mientras que su consenso se basó en una memoria histórica común de oposición a la Unidad Popular y el golpe militar, su clivaje estuvo marcado por distintas perspectivas sobre las herencias de la dictadura y las estrategias para abordar la transición. Dado su carácter instrumental, las diferencias entre tendencias se regulaban a partir del cuoteo como regla informal intra-partidaria, y cuando este no fue respetado, los conflictos se expresaron relaciones de poder más allá del mismo partido.

Palabras clave: derechas, transición, historia política, Chile.

ABSTRACT

This article deals with the recent history of Renovación Nacional. In particular, it discusses with those views that have thought of it as a renovating party and representative of a new liberal center-right facing the "democracy of agreements" during the transition. On the contrary, the hypothesis of the work maintains that said group was rather an instrumental party of different currents of the Chilean right. While their consensus was based on a common historical memory of opposition to Popular Unity and the military coup, their cleavage was marked by different perspectives on the legacies of the dictatorship and the strategies to address the transition. Given its instrumental nature, the differences between tendencies were regulated based on the cuoteo as an informal intra-party rule, and when this was not respected, the conflicts expressed power relations beyond the party itself..

Keywords: right wing, transition, political history, Chile.

1 Chileno. Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Académico del Departamento de Género, Política y Cultura, FACSU, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, Chile. Este artículo es resultado del proyecto Fondecyt Posdoctoral n° 320032 ANID, desarrollado bajo el amparo del ICSSO, Universidad Diego Portales y del proyecto 2021000223INV de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo Universidad de Concepción.

Introducción

El debate sobre la transición chilena pareciera ser un fantasma que pena cada vez que la discusión pública se desplaza hacia el problema de la profundización democrática. Dado el carácter estructural del proyecto implementado por la dictadura militar, la transición se ha convertido para los distintos actores en la causa que explicaría todas las características de la construcción política del presente.

Es que, verdaderamente hacia fines de la década de los noventa del siglo XX, la transición política chilena se convirtió en un producto de exportación para el concierto latinoamericano. Las elites políticas y económicas daban muestras del exitoso proceso de transición democrática que incluía: crecimiento económico sostenido, control de la inflación y disminución de la pobreza (Drake y Jaksic, 1999). Más aún, esto venía de la mano con una inédita expansión de importantes grupos empresariales chilenos hacia otros países de Latinoamérica, donde Perú y Argentina se hicieron los mercados predilectos (Álvarez, 2015). Sin duda, fueron los años dorados de las elites criollas.

El tratamiento bibliográfico sobre el periodo ha agrupado a dos grandes enfoques. Un primer conjunto de análisis críticos del proceso transicional, pusieron la atención en la continuidad de las reformas neoliberales, así como la baja intensidad de la democracia alcanzada, sumado a los altos índices de desigualdad (Moulian, 1997), (Fazio, 1997), (Garretón, 2012), (Huneus, 2014), (Fuentes, 2021). Existieron también un segundo grupo de miradas, las que desde análisis más autocomplacientes explicaban su propio éxito a partir del privilegio de los consensos, la moderación política, así como la amplitud de la focalización social (Godoy, 1994), (Boeninger, 1997), (Ottone y Pizarro 2003), (Muñoz, 2007).

Dentro de este último grupo habría quienes -siendo actores del proceso- remarcaban el rol que tuvo un sector de la derecha política, la que supuestamente se habría puesto a disposición de acuerdos con la Concertación para avanzar en la transición bajo la consigna de “la democracia de los acuerdos”. Desde esta mirada, ese sector cuya expresión sería el partido Renovación Nacional, representaría una nueva centro-derecha con incuestionables credenciales democráticas. Más aún, dada la nomenclatura política parlamentaria resultado de las elecciones de 1989, dicho partido contaba con la mayoría de su sector obteniendo un rol clave para los consensos transicionales (Allamand, 1999).

Ahora bien, generalmente la reflexión académica que se ha desarrollado sobre la transición política, ha tenido una hegemonía de enfoques liderados por las ciencias sociales, en particular la ciencia política con un mayor énfasis en los aspectos institucionales relacionados con la calidad democrática (Monsálvez, 2013), (Goicovic, 2018). En particular, la historiografía chilena ha comenzado paulatinamente a centrar su atención desde la historia presente en un cruce de historia política e historia social sobre el periodo. Así, se exhibe el estudio de partidos como la UDI y el PC (Muñoz, 2013), (Álvarez, 2019), gremios empresariales (Álvarez, 2015), prácticas informales del sistema (Pérez, 2020), actores sociales como sindicatos (Pinto, Ponce y Santibáñez 2018), estudiantes (Thielemann, 2018), movimiento de género y disidencias sexo-genéricas, (Gálvez, 2018), (Garrido y Barrientos, 2018), (Gálvez, 2021). Con todo, para el periodo posdictatorial la

literatura especializada ha trabajado a las derechas en general poniendo atención en las sensibilidades políticas transversales de los diversos partidos del sector (Alenda, 2020). Más aún, ha existido una predilección por la UDI como objeto de análisis (Muñoz, 2013), (Arriagada, 2013), (Pérez, 2015), (Morales y Bugueño, 2001), sin embargo, la bibliografía sobre Renovación Nacional es escasa, aunque existen algunos estudios seminales. En términos generales desde la historiografía y la ciencia política se ha puesto el acento en los rasgos de continuidad y similitud con el Partido Liberal previo a la creación del Partido Nacional de 1965 (Correa, 2004), (Fernandois, 2000), (Siavelis, 1999). En esto último, el privilegio analítico se ha centrado en las dimensiones ideológicas de las elites dirigenciales, así como la relación conflictiva con la Unión Demócrata Independiente como su aliado “natural”.

Manteniendo la conceptualización de centro-derecha liberal, Barozet y Aubry (2007) pusieron su atención en Renovación Nacional destacando sus escasos niveles de institucionalización, los que, sin embargo, al correr del tiempo habrían logrado un proceso de formalización decisional. Más aún, se ha planteado que la disputa interna del partido más que entre liberales y conservadores, tuvo que ver con formas de comprender la organización interna, por esto, autores como Díaz (2016) proponen pensar desde la disputa “verticalistas versus horizontalistas”.

Por otra parte, existe un consenso entre diferentes autores en que, a pesar de dichos problemas, este partido habría sido decisivo en su rol de pivote para asegurar la “democracia de los acuerdos” (Morales, 2004), (Toro, 2007), (Luna y Rovira, 2014).

Desde otros enfoques historiográficos se ha comenzado a privilegiar la noción de nueva derecha chilena. Tomando los trabajos de Verónica Valdivia (2008), se piensa a RN como un partido cuyas raíces se hunden en el proceso vivido por la derecha desde la década de los sesenta del siglo XX. En este sentido, estaríamos en presencia de un ciclo de mediano plazo cuyo parto se gatilló en la lucha que la derecha emprendió contra el proyecto reformista de la Democracia Cristiana y revolucionario de la Unidad Popular. De esta manera, la idea de nueva derecha no tendría que ver con su rol durante la transición, sino más bien con un proceso anterior a este, caracterizado por la adscripción al proyecto neoliberal, así como una actitud de combate y disputa contra la izquierda y el centro. Sobre esta tesis entonces, diversos estudios han evidenciado las distintas corrientes que desembarcaron en Renovación Nacional, comenzando a mostrar más bien un partido donde convivían facciones o grupos distintos originarios de un proceso histórico común (Valderas, 2011), (Rubio 2013), (Pérez, 2020; 2022).

De esta forma, no deja de llamar la atención que el partido que abrió las puertas de La Moreda a la derecha en dos oportunidades tras el retorno democrático (2010 y 2014) no haya sido analizado en profundidad. Más cuando recientemente se ha afirmado que, antes que la UDI, RN logró una temprana filiación partidaria internacional en la International Democrat Union (IDU), así como sus dirigentes lideraron la formación de la Unión de Partidos Latinoamericanos (UPLA). Todo lo anterior en los amaneceres de la transición chilena (Pérez, 2022).²

2 La IDU es la más grande agrupación de partidos de derecha neoconservadora en el mundo. Posee representación en los cinco continentes. Por otra parte, UPLA fue fundada por el apoyo de la Fundación Hans Seidel con sede en Chile, y actualmente corresponde a su sección latinoamericana.

El presente artículo debate aquellas miradas que piensan a Renovación Nacional como un partido homogéneamente liberal y representativo de una centro-derecha moderna (Allamand, 1999), (Correa, 2004), (Fernandois, 2000), (Siavelis, 1999), (Barozet y Aubry, 2007), (Morales, 2004). Por el contrario, afirmamos que dicho proyecto fue depositario solo de uno de los grupos que fundaron el partido, el que estuvo abiertamente disputado por otras facciones en distintas coyunturas de la transición. Nuestra hipótesis plantea que Renovación Nacional ha sido más bien un partido instrumental, de tendencias en conflicto donde los liberales solo fueron un grupo nunca hegemónico. Más aún, proponemos que la creación de este instrumento político respondió a un proceso que se ancló en las nuevas derechas de la década del sesenta del siglo XX chileno articuladas en el boicot a la “vía chilena al socialismo”. Tras la experiencia de la dictadura militar, RN se convirtió en un espacio-instrumento creado en las postrimerías de esta para enfrentar la transición democrática. Allí se encontraron distintos grupos que mantenían diversas estrategias sobre cómo abordar la expectativa transicional, lo que decantó en una dinámica de tensiones regulares y consensos poco estables. Desde un enfoque que privilegia las prácticas políticas como mecanismo de análisis, postulamos que dada esta matriz instrumental y de tendencias, la costumbre política que permitió ciertos niveles de organización en su interior fue el cuoteo, toda vez que posibilitaba la representación orgánica de los diferentes grupos en conflicto. De esta manera, cuando dicha regla informal no fue respetada, se produjeron las fisuras y quiebres internos.

Recogiendo los aportes del estudio de las reglas informales de la política (Helmke y Levitsky 2004), (Barozet, Espinoza y Ulloa 2020), (Pérez, 2020), (Siavelis 2022) entendemos por cuoteo, una costumbre política, aprendida de facto al calor de la experiencia y de larga data en el sistema de partidos chileno. Esta se caracterizaría por la repartición de cuotas de poder en estructuras burocráticas estatales o privadas para la representación, ello sobre la equivalencia del capital político imbricado en las tendencias al interior del partido³.

Por otro lado, la temporalidad asumida está pensada a partir del objeto de estudio. De ahí que se inicie en 1984 con el nacimiento de la revista *Renovación* ligada a Unión Nacional, sector clave en la disputa transicional al interior de la derecha y cierra el año 2005 cuando se aprobaron las reformas constitucionales que desarticulaban importantes enclaves autoritarios para el periodo político. A nuestro juicio, luego de dicha coyuntura la política chilena entró en un ciclo postransicional con cambios históricos como la muerte de Pinochet y la conflictividad social masiva fruto precisamente del tratamiento dado en la arquetípica transición chilena.

En términos metodológicos se trabajó con prensa de la época, así como el Archivo Ricardo Rivadeneira (ARCHRR), el Archivo Pedro Ibáñez (ARCHPI), el Archivo Patricio Aylwin (ARHPA) y el Archivo de la Presidencia Patricio Aylwin (ARCHPPA). De la misma manera, se incorporaron memorias de militantes disponibles. La argumentación del presente trabajo se divide en cinco apartados. Primero se explica los orígenes del proyecto, para luego pasar a la fundación del partido y tres coyunturas representativas del periodo. Todo lo anterior, a contra luz de cuoteo como forma de organización interna.

3 A nuestro juicio, el cuoteo opera como un mecanismo de regulación de relaciones de poder. Para ver estudios del faccionalismo en partidos políticos de izquierda ver: (Rojas, 2020)

La Unión Nacional: los orígenes del proyecto

Aunque el sistema político chileno posee una larga data de agrupaciones de auto denominación liberal en su historia, en estricto rigor, fue la coyuntura de 1982-1983 signada por los efectos sociales y políticos de la crisis económica el momento donde reapareció esta necesidad en las familias conservadoras. Para esos años, la protesta popular y la movilización social alcanzaba niveles inéditos, amenazando la estabilidad de la dictadura y con eso su proyecto político y económico. En este sentido, el escenario fue el que aceleró la reorganización de las diversas agrupaciones de derecha. Aquella que desde un principio pretendió y declaró la necesidad de crear un proyecto centro-derecha liberal fue el grupo de Unión Nacional (en adelante U.N.).

Este movimiento nacido a fines de 1983 apostó a una renovación del sector, recuperando su tradición histórica partidaria liberal-conservadora. En este sentido se distanció de los sectores nacionalistas denominados en la época como “los duros”, dado su vínculo explícito con el régimen, así como su autoritarismo radical y lealtad incondicional con la figura de Pinochet⁴. De la misma manera, se apartó de la articulación “Chicago-gremialista” liderada por Guzmán debido a tres grandes razones. Primero, la brutal crítica que los segundos habían desarrollado hacia los partidos políticos desde el tiempo de movilización social contra el gobierno de la Unidad Popular. En segundo lugar, aunque la prensa los relacionaba con “los blandos”, mantenían una relación estrecha con el propio Pinochet. Finalmente, eran quienes estuvieron en el núcleo duro de las reformas económicas. Por lo tanto, se les responsabilizaba de la crisis.

Existió en el proyecto de U.N. un ejercicio de memoria que ponía en una linealidad su trayectoria, iniciándola con la experiencia de oposición social y política a la Unidad Popular, para continuar con el respaldo al golpe militar y el apoyo a las reformas económicas y políticas del régimen, evidenciando algunos matices sobre aspectos específicos de esto último. Uno de aquellos, radicaba en los caminos que la transición debía seguir para llegar a la restitución democrática. A su juicio, el camino trazado por la constitución de 1980 no era suficiente, por lo que proponían una serie de reformas políticas que permitieran la elección de un parlamento libre en vez del plebiscito que postulaba la Junta Militar. Esto último, los diferenciaba de sus futuros socios del gremialismo y los grupos detrás del liderazgo de Sergio Onofre Jarpa. De esta manera, Unión Nacional buscó perfilarse de una forma distinta a los otros colectivos, sin romper su trayectoria histórica, ni pasar a la oposición de la dictadura.

De hecho, para el lanzamiento oficial de su revista llamada “Renovación” señalaban: “la renovación en los estilos y los planteamientos políticos es el sello principal que motivó la creación de Unión Nacional” (ARCHPI, Revista Renovación, nº 1, abril de 1984, p.1.) La agrupación, se proponía organizar un movimiento que, basado en la tradición cristiana occidental, “...Propicie como régimen político una democracia representativa, estable y eficiente que recoja nuestras tradiciones y experiencias, respetuosa de los derechos de las personas, libre de totalitarismos, ajena a presiones extranjeras y depurada de los vicios que perturbaron la convivencia política chilena en el pasado”, además que: “Valorice la tarea histórica desarrollada por el gobierno de

4 Esto no quiere decir que miembros del movimiento no hayan estado ocupando cargos en el gobierno, sino más bien, que no estaban en la primera línea del régimen.

las Fuerzas Armadas y de Orden, y desde una posición de independencia, contribuya a una transición pacífica y sostenida hacia la plena democracia, y se comprometa en la misión de construir la nueva República dentro del marco y lineamientos básicos de la Constitución Política vigente” (ARCHPI, Revista Renovación, nº 1, abril de 1984, p.2). De esta forma, la agrupación apostaba por conciliar: golpe de estado, reformas político-económicas y aceleración de la transición política.

Mediante su publicación recurrente y sistemática, se abordaba la coyuntura política internacional y nacional, criticando en esta última tanto la poca convicción del régimen en el trazado transicional como además las causas y el manejo de la crisis económica. En esto último se responsabilizaba a la ortodoxia de los tecnócratas neoliberales (ARCHPI, Revista Renovación, nº 3, abril de 1984, p.1).

Ahora bien, probablemente el hito más importante del movimiento donde se plasmó su política, fue en la firma de denominado Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia. A grandes rasgos, se podría señalar que este fue un encuentro entre los sectores ligados a la variante de oposición en la Alianza Democrática (PDC, PR, y grupos del socialismo renovado) y la derecha liberal (Unión Nacional junto a otros grupos menores de derecha), propiciado tanto por la Iglesia Católica, un sector del empresariado, así como respaldado por el Departamento de Estado norteamericano y el Vaticano. Dicho acuerdo fue brutalmente criticado por el gremialismo de Guzmán, los diversos grupos nacionalistas y el propio régimen (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza, 2002). Al mismo tiempo, desde la oposición de izquierda y por otras razones, fue blanco de críticas debido a su insuficiencia.

El objetivo del acuerdo era impulsar un consenso político hacia el centro, a fin de avanzar con mayor claridad y precisión en la transición a la democracia política representativa, asegurando la continuidad de las reformas económicas, así como la constitución de 1980. Todo esto, sin prejuicio de aplicar reformas políticas necesarias para dar viabilidad y aceleración a la transición⁵. A juicio de sus participantes, dicho acuerdo permitiría dar una salida política con estabilidad ante las protestas populares que marcaban el escenario nacional.

Por cierto, el régimen de Pinochet, desechó el acuerdo y resistiendo la presión de la Iglesia Católica, siguió con su propio programa de transición contemplado en la constitución de 1980. De esta manera, la estrategia del proyecto liberal fracasaba en lo inmediato, pero marcaba un hito de consensos básicos que se re articularán en un futuro no lejano.

Tras el fracaso del acuerdo, la transición quedó como un concepto en el debate público donde hubo distintas posiciones. Mientras que para el régimen el país ya se encontraba en tal etapa y solo bastaba con aprobar las leyes políticas de cara al plebiscito contemplado, para la oposición en cambio la transición implicaba necesariamente un gobierno democrático civil. De esta forma, para 1987 la situación de la transición política se mantenía en la incertidumbre. Por una parte, el gobierno dilataba la creación de leyes políticas relativas al plebiscito contemplado para 1988, y por otra, los miembros de la junta reafirmaban el compromiso de la consulta

5 Para profundizar en esto ver: <https://www.cepchile.cl/el-valor-de-los-consensos-acuerdo-nacional-para-la-transicion-a-la-plena-democracia/> Consultado 20 de diciembre de 2022.

sin dar mayores detalles. Este escenario condicionó a las familias de derecha a dar el paso en la preparación de cara a la transición que se asomaba en el horizonte. Para esto, desde Unión Nacional surgió el llamado de la unidad del sector. Según señala el propio Andrés Allamand, era necesario que esta nueva colectividad naciera antes que los partidos por si solos intentaran y lograran reunir las firmas para su existencia legal, pues si se hacía después, ningún partido querría retroceder a disolverse y unificarse en otra entidad (1999, p.113).

Por ello, tras el llamado realizado desde U.N. finalmente tres grandes corrientes y agrupaciones del sector buscaron confluír en un partido único. De esta manera, nació Renovación Nacional, un espacio e instrumento político donde desembocaron el grupo Unión Nacional descrito más arriba, junto la alianza Chicago-gremialista liderada por Jaime Guzmán, y el Frente Nacional del Trabajo (en adelante F.N.T.) encabezado por Sergio Onofre Jarpa⁶. En términos generales, el movimiento gremialista era tributario directo del régimen militar. Muchos de los líderes habían utilizado cargos de primera línea en el gobierno, ya sea a nivel económico como en la construcción de la base social de apoyo. Con esto, fueron articulando un estrecho vínculo con el pujante empresariado financiero del periodo, así como penetración en el mundo popular (Muñoz, 2012) (González, 2021). Mientras que, para el caso del FNT correspondía más bien a una agrupación de medianos empresarios ligados sobre todo a las regiones y al rubro agrícola y productivo. En términos políticos, este movimiento representaba una fusión del viejo “Jarpismo” de tradición nacionalista autoritaria, con el movimiento social cristiano salido del sector conservador de la democracia cristiana. Su propuesta, era más bien distante de los partidos y articulada en el “pinochetismo” del periodo.

A nivel de trayectorias políticas e ideologías, los liderazgos más emblemáticos de los tres grupos se habían encontrado en el pasado reciente como activos agentes en la oposición y boicot “a la vía chilena al socialismo”. Tanto gente de Unión Nacional como un grupo importante del F.N.T. habían convergido en el Partido Nacional. Mientras que, el gremialismo se mantuvo crítico y distante de los partidos de derecha tradicional, colaborando en la movilización social anti-allendista. De la misma manera habían apoyado el golpe militar y legitimando la dictadura junto a su proyecto estructural. Además, todos se declaraban fervientes partidarios de la denominada “economía social de mercado”.

Sin embargo, ¿cuáles eran sus diferencias? A grandes rasgos en el plano económico la manifestación de la economía social de mercado la expresaban de distintas maneras. Mientras que en el gremialismo eran leales defensores de la obra económica de sus cuadros en el régimen, en el F.N.T. veían con recelo la desprotección radical del mercado nacional, en particular de agro-productores. Sin contradecir la lógica pro mercado, abogaban por ciertos aranceles diferenciados (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza, 2002, pp. 226-227, 390). En cambio, desde U.N. eran más cercanos en lo económico a los chicanos, aunque criticaban su falta de experiencia política y excesiva mentalidad tecnocrática (ARCHPI, Revista Renovación, nº 3, abril de 1984, p.1). De la misma forma, veían al FNT como un movimiento que no se había “modernizado” en su doctrina económica.

6 Cabe señalar que, en este periodo, los llamados a la unidad del sector también incluyeron al viejo Partido Nacional que conservaba algunas de sus estructuras. Sin embargo, tanto por Jarpa y Guzmán nunca fue bien recibida la propuesta. Más bien, el PN de Riesco, Phillips y Carmen Sáenz, consideraba al grupo de Guzmán como anti-democrático, planteándole a Unión Nacional que regresaran a su partido de origen, es decir el propio Partido Nacional.

En cuanto a la dimensión política, las cosas tendían a invertirse. Mientras que para los gremialistas la transición estaba clara en el itinerario constitucional y se plegarían a quien la junta estableciera como candidato (ARCHRR, Prensa, *El Mercurio*, 2 de junio de 1987), (ARCHRR, Prensa, *La Tercera*, 28 de junio de 1987), para los miembros de U.N. en cambio, preferían sacar a Pinochet del escenario -dada la polarización que producía su imagen- y por tanto eran partidarios de elecciones parlamentarias en vez de plebiscito (ARCHRR Prensa, *Revista Cosas*, 1986, pp. 115 y 117). En una óptica distinta, la gente del FNT estaba más cercana al gremialismo dada su relación más estrecha con Pinochet (ARCHRR, Prensa, *La Época*, 10 de julio de 1987). Aunque de igual manera con declaraciones sinuosas se fueron mostrando partidario de distintas opciones, incluso aquella que planteaba a Pinochet convertirse en un candidato “civil” (ARCHRR, Prensa, *La Nación*, 10 de julio de 1987). En el fondo, seguirían la lealtad a la junta.

Como se podrá apreciar, en la práctica las tres corrientes mantenían diferencias no menores sobre la coyuntura en la que se desenvolvían, distingos que se habían expresado en distintos momentos de su trayectoria. Sin embargo, la premura del plebiscito venidero los terminó convenciendo de que era mejor defender el legado del gobierno desde un espacio común y así hacer más competitiva sus posiciones en comparación con las de la centro-izquierda e izquierda.

Ahora bien, ¿cómo operaría el naciente partido?, dadas las trayectorias diferentes de los grupos y sus distintas lecturas de la coyuntura ¿cómo lograrían funcionar con un mínimo de coherencia? Y finalmente ¿cómo resolverían sus diferencias?

Cada quien con su parte

En el plano doctrinario los problemas no fueron muy estructurales. Al contrario, primó un rápido consenso entre las partes. Todos eran partidarios de la denominada “economía social de mercado”, el rol subsidiario del Estado y las ventajas del capitalismo sobre los distintos formatos de estatismo. En lo político, de manera general se declaraban todos partidarios de una democracia representativa, aunque existían matices que se arreglaron en una redacción amplia para la declaración de principios del nuevo partido. Mientras que tanto la gente del FNT como el gremialismo defendían los rasgos más autoritarios y anti-liberales de la constitución “de modo preventivo”, quienes venían de U.N. mantenían una perspectiva reformista y negociable sobre los mismos aspectos.

El problema no era tanto en el plano ideológico abstracto, sino más bien en las relaciones de poder que se constituían en la dimensión interna del partido. Es decir, ¿cómo quedaría equilibrado el aparato entre las tendencias? Dado que existían diferencias sobre el corto y mediano plazo, el peso que lograría cada sector dentro del espacio sería relevante, pues marcaría la hegemonía de una tesis sobre otra. Para resolver el tema, en la construcción partidaria se fue dando una vieja costumbre política del sistema de partidos chileno: el cuoteo. Es decir, dada las diferencias y tendencias, la única opción que permitía mantener el instrumento político equilibrado era que cada tendencia obtuviera espacios de representatividad de acuerdo a su peso o capital político. Eso dejaba satisfechos a todos los sectores y permitía un grado de funcionamiento mínimo del instrumento.

A nuestro juicio, esto explicaría la composición original tanto de la directiva como de la comisión política de la naciente agrupación. La presidencia estuvo a cargo de Ricardo Rivadeneira Monreal, abogado y académico quien no había tenido militancia política formal previa⁷. Su perfil independiente de derecha dejaba conforme a cada grupo. Luego de eso, las tres vicepresidencias correspondían a un representante de cada tendencia: Jaime Guzmán (gremialista), Andrés Allamand (U.N.) y Juan de Dios Carmona (F.N.T.). Víctor García Balmaceda quedó como secretario general. Propuesto por Jaime Guzmán, este último tenía una trayectoria que satisfacía a las partes: empresario, secretario general de la CMPC, gerente general de FISA e hijo de Víctor García Garzena, parlamentario del Partido Nacional.

Más aún, a nivel de la comisión política cada grupo tuvo una cuota de cuatro personas. Los militantes ligados al gremialismo que la integraron eran: Andrés Chadwick, Javier Letruria, Luis Cordero y Pablo Longueira. Por parte de Unión Nacional corresponderían: Francisco Bulnes, Pedro Ibáñez, Juan Luis Ossa Bulnes y Alberto Espina. Finalmente, por el lado de FNT integraron la comisión política: William Thayer, Gonzalo Eguiguren, Luis Ángel Santibáñez y Juan de Dios Carmona⁸.

De esta manera, el sábado 7 de febrero se daba por nacida la criatura: Renovación Nacional fue su nombre (ARCHRR, Sección Manuscritos, *El Mercurio*, 8 de febrero de 1987, p.2).

Como se podrá apreciar, la vieja costumbre del cuoteo servía como una práctica de garantía consensual entre los grupos. Al mismo tiempo, regularía las relaciones internas al momento de las decisiones partidarias. Cada cual, con su parte, parecía ser el consenso básico. Evidentemente, esto implicaba que el partido no podría avanzar o posicionarse políticamente en una coyuntura, a menos que sea por consenso absoluto de las propias tendencias. Con esto, la nomenclatura hacía que cada uno necesitase a todos, y al mismo tiempo, el partido como un todo a cada uno. Desde nuestra óptica, esto se explicaba porque la naciente agrupación, más que ser ideológica y homogéneamente “liberal” -como ha sostenido la bibliografía-, era un espacio-instrumento, donde nadie renunciaba a sus posturas.

Lo anterior quedó de manifiesto con toda claridad en un revelador documento que escribiera en marzo de 1987 Juan Luis Ossa Bulnes. Para aquel entonces, el abogado y académico asistiría a un seminario sobre transiciones políticas en la universidad de Carolina del Sur, Columbia, EE.UU. Por ello envió su presentación a Ricardo Rivadeneira, probablemente a fin de que le diera sus opiniones. La tesis principal de Ossa en dicho documento, sostenía que Chile era un caso de “transición postergada”. Al respecto, argumentaba que esto se debía al fracaso de todas las opciones en disputa. Es decir, tanto las apuestas sobre la transición que mantenía la “izquierda radical” (M.D.P.), pasando por la “oposición democrática” (A.D.) hasta ellos mismos (U.N.), habían sido derrotadas, lo que evidenciaría que el verdadero control del proceso lo tenían los

7 Sobrino de Eduardo Novoa Monreal, había sido miembro del Consejo de Defensa de Estado desde el periodo pre-73. Además de asesor de Jorge Prat en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. Era católico y conservador lo que dejaba tranquilos a los sectores más tradicionales. Pero al mismo tiempo era partidario de acabar con el exilio considerándolo innecesario, lo que le daba llegada hacia los liberales.

8 Cabe señalar que Jarpa no quiso originalmente ocupar un espacio formal de poder, sino más bien operar desde las sombras. Para lo anterior ver: (Allamand, 1999, p.122.)

militares. Por su parte, concluía que: “Para poder encontrar soluciones viables al problema, es necesario superar la disyuntiva descrita, acortando la distancia que separa los planteamientos del Gobierno y la oposición democrática y aislando políticamente al Partido Comunista” (ARCHRR, Sección Manuscritos, Ossa Bulnes, Juan Luis, “Chile un caso de transición postergada”, marzo de 1987, p.9). Como se podrá apreciar, la tesis de Ossa era representativa de su grupo de origen: Unión Nacional, tesis que, no había variado un ápice. De la misma forma que, ni la opción de Guzmán ni Jarpa lo haría. En otras palabras, al mismo tiempo que el cuoteo permitía la sobrevivencia de cada grupo al interior del partido, impedía que este mismo adoptara uno de los diferentes caminos. Por tanto, cada grupo seguía con sus propias tesis.

Ahora bien, la lógica del cuoteo como mecanismo de regulación estuvo presente incluso en la primera de las grandes tareas, la que radicó en reunir las firmas para legalizarse como partido. La tendencia antipartidista de la dictadura, repercutió en el establecimiento de una legislación sumamente exigente, pues requería que los partidos tuvieran presencia territorial nacional, además de treinta mil quinientas firmas para el padrón electoral que bordeaba siete millones de electores. Dicho desafío, los obligó a desplegarse a lo largo y ancho del país buscando aquellas inscripciones de militantes. Desde la óptica de este trabajo, dichos viajes implicaron la mantención de la costumbre del cuoteo. Es decir, asistían a las actividades un representante de cada tendencia, o en su defecto, de al menos dos.

El 16 de mayo de 1987 Ricardo Rivadeneira inició contactos en Antofagasta con el objetivo de reunir las firmas para el partido. A dicha cita, asistieron junto a él, Jaime Guzmán (UDI) y Fernando Maturana (UN) (*La Tercera*, 16 de mayo de 1987, p.3). Luego, el 13 de junio del mismo año se constituía la directiva del partido en Coquimbo con representantes de las diferentes tendencias (*Las Últimas Noticias*, 13 de junio de 1987, p. 9). A su vez, el 6 de julio la directiva iniciaba una gira a la IX región –zona de mayor presencia del FNT–, donde asistieron Ricardo Rivadeneira (Ind.), Sergio Onofre Jarpa (FNT) y Gonzalo García (Ind. Pro UDI) (ARCHRR, Sección Prensa, *El Mercurio*, 6 de julio de 1987). Seis días después, nuevamente el partido y sus tendencias viajaban a la IV región con el objetivo de reunir mayor cantidad de firmas. Para esto asistieron: Guzmán (UDI), Carmona (FNT) y Allamand (UN), es decir un representante de cada grupo (*La Tercera*, 12 de julio de 1987, p. 12). Para el 26 de julio, tanto Rivadeneira, Jarpa, Guzmán y Allamand acudían a Talca para un acto político de adhesión al nuevo partido (*La Tercera*, 26 de julio de 1987, p. 12). En dicho evento, el presidente de la colectividad declaró: “agradecemos los 14 años de las FF.AA., pero ahora la responsabilidad es nuestra de perdurar su obra” (*La Nación*, 27 de julio de 1987, p. 18). Más aún, el 17 de noviembre del mismo año Jarpa y Allamand visitaban Valparaíso en un meeting del partido. Finalmente, el primero de diciembre de 1987 en el club Gran Avenida se constituía RN de San Miguel. Para la ocasión, nuevamente estuvieron ante la audiencia: Jarpa, Allamand y Guzmán, es decir, un representante de cada grupo (*El Mercurio*, 1 de diciembre de 1987, p. 13).

Por su parte, ¿qué implicó las declaraciones de Rivadeneira en Talca?, ¿qué se estaba jugando en estos “cuoteados” viajes? Desde nuestra óptica, lo que estaba en el tablero tras esta costumbre política, era la de ganar adhesión de acuerdo a las visiones que apostaba cada tendencia. Por eso, a fin de mantener los equilibrios partidarios, cada grupo intentaba hacer todo lo posible para acompañar a los otros y así evidenciar tanto las formas de construcción partidaria, como

también el peso que iban adquiriendo dentro del partido. Además, la coyuntura política nacional estaba marcada por la incertidumbre de la transición, sobre la cual cada grupo tenía perspectivas distintas. Desde no realizar el plebiscito y sacar a Pinochet del escenario (U.N.), hasta realizar el plebiscito, pero llevando a Pinochet como civil (U.D.I.-F.N.T.). Por lo tanto, cada uno de los grupos cuidaba celosamente la parcela construida con su propia recolección de firmas, pues esto implicaba la configuración de un capital político para la disputa sobre la transición. A nuestro juicio, ello explicaría las palabras de Rivadeneira, quien agradecía la labor de las FF.AA. -entregando con ello un consenso básico a todas las tendencias-, pero sinuosamente daba a entender su perspectiva cercana a U.N., manifestando “ahora nos toca a nosotros”, es decir, sin Pinochet al frente.

En medio de la vorágine por la recolección de firmas, las tensiones al interior de las tendencias se iban presentando como una pulsión que afloraba bajo los consensos. Más aún, el gobierno también se convertía en un actor desde fuera del partido, pues presionaba para que la resolución de este último sobre la transición no fuera contraria a lo señalado en el itinerario constitucional. Según dicho camino, era la Junta Militar la que decidiría el candidato de continuidad para el plebiscito venidero y por lo mismo, el gobierno quería evitar a toda costa que el naciente partido se saliera de sus cálculos. En base a lo anterior, el ministro del Interior Sergio Fernández -cercano a la UDI-, tuvo una serie de reuniones con la directiva del partido, al mismo tiempo que operaba tras “bambalinas” con sus personeros más cercanos: la gente ligada al gremialismo, así como el grupo de Jarpa (ARCHRR, Sección Prensa, Revista *Que pasa* 30 de julio de 1987).

Fue en el marco de la campaña de recolección de firmas cuando el propio Sergio Onofre Jarpa le “solicitó” a Juan de Dios Carmona dejar la vicepresidencia del partido, siendo ocupado el cargo por su propia persona. Según Allamand, esto habría sido una “pasada de cuentas” luego que, a los pocos días de fundado el partido, tanto él como Guzmán emitieran una declaración pública condenando el asesinato a Orlando Letelier. Esto tras la declaración que hizo Armando Fernández Larios, quien reconoció ante un juez norteamericano su participación en el hecho, así como las órdenes superiores. Carmona, se negó a firmar la declaración, la que de igual forma salió a la luz pública, con la firma de los líderes de los dos primeros grupos (Allamand, 1999, pp.123-124). Ello habría molestado a Jarpa, pues su representante en la comisión no habría logrado impedir la publicación de la declaración.

Mientras que la coyuntura se iba tornando más tensa y los medios de prensa presionaban por la posición del partido sobre la transición, Jarpa se vio en la necesidad de tomar la vicepresidencia y así evitar otro retroceso de su tendencia. A nuestro juicio, esta situación refleja la fisonomía que estaba adquiriendo el partido, donde dada su nomenclatura, las relaciones se irían haciendo más conflictivas. Lo que primaba entonces, eran más bien tendencias en competencia, las que no cedían a sus lecturas propias. Por esto, el cuoteo era la única forma de condensar a los grupos.

Con todo, hubo dos aspectos que reflejaban de buena manera el peso de las tendencias. El primero de ellos, guarda relación con la aplicación del artículo octavo de la constitución de 1980, la que prohibía agrupaciones que se adscribieran a idearios fundados en la lucha de clases y promovieran totalitarismos. Esto en clara alusión al Partido Comunista y la izquierda agrupada en el Movimiento Democrático Popular (MDP). Tanto para Guzmán como para Jarpa

dicha norma debía aplicarse de manera eficaz y por tanto solicitaron al Tribunal Constitucional que dictara sentencia. El resultado fue la declaración de ilegalidad del Movimiento Democrático Popular y los partidos que lo componían. Luego, exigieron al gobierno y las entidades pertinentes aplicar todo el rigor de la ley para proscribir a dichas agrupaciones (ARCHRR, Sección Prensa, *La Tercera*, 14 de junio de 1987)

Más aún, el propio presidente del partido –Ricardo Rivadeneira– al mismo tiempo señalaba que: “Hay personas que piensan que el mejor sistema en Chile es el cubano o soviético, esas personas deben estar excluidas del sistema democrático, no pueden participar de ella. Esta me parece una postura absolutamente lícita. Esas personas deben ser privadas de sus derechos políticos, pero respetadas en todos los demás. El estado no puede privar a nadie de sus derechos esenciales bajo ninguna razón. No se puede borrar las ideas, ninguna legislación puede impedir que las personas piensen de determinado modo, pero yo no quiero participar en una elección con el Partido Comunista, porque si ganan tendría que reconocer la legitimidad de ese triunfo y la democracia se acaba en mi país”. En particular sobre Augusto Pinochet declaraba que lo consideraba “un demócrata, de lo contrario no hubiera apoyado y patrocinado una constitución que nos lleve a la democracia”. Finalmente, argüía: “He estado en desacuerdo con las medidas como exilio y censura, pero no se debe olvidar que el origen de esto fue un pronunciamiento militar que el país exigió a las FF.AA. para liberarse de la anarquía impuesta por el régimen anterior. Justifico el hecho que hayamos pasado por un gobierno autoritario para pasar a un sistema democrático, lo que no justifico son los excesos. Es bueno que sean esclarecidos y las personas sancionadas” (*Cosas*, Santiago, 9 de julio de 1987 pp. 8-10). Como se apreciará, Rivadeneira sintetizaba desde una ecléctica mirada, aspectos de todas las tendencias, lo que a su vez funcionaba como eje legitimador para los diferentes grupos. De la misma manera, mantenía el denominador común de la memoria histórica de su sector, basado en la legitimidad del golpe de estado y la dictadura consecuente.

Sin embargo, la gente de U.N. no compartía del todo las tesis más coercitivas, en particular la referida a la aplicación del artículo octavo de la constitución. Aunque estaban de acuerdo en su anti-comunismo, su posición era que dicho artículo pasaba a llevar la libertad de opinión y expresión, por tanto, no eran partidarios de aquello. Además, agregaban que sería ineficiente como medida para vencer al marxismo. Con estas diferencias, la resolución quedó a manos de la comisión política, la que luego de varios aplazamientos no llegó a consenso. Finalmente se aplicó una votación y los liberales fueron derrotados lapidariamente, pues de sus cinco integrantes, solo Juan Luis Ossa Bulnes junto a Andrés Allamand y Alberto Espina votaron en contra, mientras que Pedro Ibáñez y Francisco Bulnes no asistieron. En cuanto al resto del partido, Rivadeneira y Thayer se abstuvieron y los restantes votaron a favor del artículo y su aplicación (ARCHRR, Sección Prensa, *La Época*, 12 de noviembre de 1987).

Por otra parte, un segundo aspecto pasó por la resolución del partido sobre el mecanismo transicional, aspecto que se iba cimentando como el verdadero clivaje de la naciente comunidad política. ¿Qué opción sobre la transición adoptaría el partido?, ¿llamaría a elecciones abiertas u optaría por el plebiscito contemplado en la Constitución de 1980? Esta disyuntiva era constantemente planteada por la prensa a la directiva del partido. Más aún, como era sabido, cada tendencia tenía

opciones diferentes. De esta manera, cada vez que se convocaba a la comisión política para resolver el dilema, esta no llegaba acuerdo y aplazaba la resolución. En paralelo, el tiempo corría en contra y todo hacía parecer que sería el propio itinerario transicional de la dictadura el que se impondría.

En medio de este proceso, los integrantes de Renovación Nacional completaron su primer gran objetivo. El 4 de diciembre de 1987 los dirigentes lograban el doble de las firmas exigidas por ley, y con eso se legalizaban como partido político inscrito en 12 regiones del país. Al acto de inscripción asistieron el presidente del partido, los tres vicepresidentes (uno de cada tendencia) el secretario general y el tesorero (*La Segunda*, 4 de diciembre de 1987, p. 26).

Con esto, la primera meta había sido cumplida. Ahora tendrían que abordar dos desafíos. Necesitaban tomar una postura única como partido sobre el itinerario transicional y además organizar sus primeras elecciones internas. En el fondo, si había plebiscito y Pinochet era el candidato ¿lo apoyarían? Y, en segundo lugar, ¿quién tendría la capacidad de dirigir el partido y sus tendencias para el futuro?

Quando las costumbres no se respetan: elecciones, quiebres y negociación

Tras la inscripción de Renovación Nacional como partido político, la sensación de los principales líderes era de preocupación. Esto por cuanto, se asumía como un hecho que sería el itinerario constitucional de la dictadura el que, en términos generales, se aplicaría. Lo anterior implicaba un doble efecto en el partido. Por una parte, mientras que tanto para los sectores del gremialismo como del jarpismo no veían como un problema apoyar a Pinochet en caso de que la junta lo ratificase, para Unión Nacional reflejaba la derrota de su tesis, cosa que había anticipado Ossa en el documento presentado más arriba. Por tanto, la consecuencia implicaba que terminarían apoyando a Pinochet. Por otra parte, el segundo efecto era el que se producía sobre el presidente del partido, Ricardo Rivadeneira. Tiempo antes de la inscripción legal de la agrupación, Rivadeneira ya había señalado que no era partidario del plebiscito, ni tampoco de apoyar a Pinochet como figura transicional. Aunque se manifestada del todo agradecido por la obra de la dictadura y crítico de los “excesos individuales” en materia de derechos humanos, el flamante presidente renunciaría en caso de que hubiese plebiscito.

De esta forma, la suerte estuvo echada. Ya para el 10 de diciembre el periódico de oposición “Fortín Mapocho” titulaba: “Renunció Rivadeneira en Renovación Nacional” (ARCHRR, Sección prensa, *Fortín Mapocho*, 10 de diciembre de 1987). En el reportaje se destacaba la labor cumplida por el expresidente, la generación del consenso entre tendencias, la unidad interna, así como la adhesión de nuevos militantes y la recolección exitosa de firmas. Días más tarde, Jarpa fue entrevistado por el periódico empresarial *Estrategia* sobre la renuncia de Rivadeneira. Al respecto declaró: “él era partidario de elecciones libres, pero eso ya no es realista” (ARCHRR, Sección Prensa, *Estrategia*, 14-20 de diciembre de 1987). A su vez, *El Mercurio* cubrió el fenómeno con una nota titulada “¿Renovación, flor de un día?”. En el desarrollo del reportaje se terminaba sugiriendo que tras la renuncia de Rivadeneira se iniciaba el fin del proyecto de derecha democrática” (ARCHRR, Sección prensa, *El Mercurio*, 24 de diciembre de 1987). Como se podrá

apreciar, las declaraciones de Rivadeneira basadas en la crítica a los “excesos individuales”, junto con mostrarse partidario de las elecciones abiertas habían calado hondo en las familias conservadoras criollas, tanto así que ya se le asociaba a la idea de una derecha democrática. Sin embargo, como hemos visto en este trabajo, dichas declaraciones no buscaban fundar una “nueva derecha”, sino más bien dar continuidad a la obra del régimen en una nueva etapa histórica, aglutinando a las diferentes tendencias en un partido común.

Por su parte, en el marco de la renuncia del presidente las bases del partido y sus grupos no dejaban duda sobre las distintas posiciones respecto del plebiscito. De hecho, para ese entonces, la sección de Antofagasta se pronunció en un meeting a favor de la opción “SI”. La prensa de la época aprovechó de preguntar al ex-presidente del partido sobre la posición de RN en torno al plebiscito. Rivadeneira fue claro al responder que eso le correspondía al “Directorio Nacional” o la Convención Nacional y no a grupos específicos (ARCHRR, Sección prensa, *El Mercurio*, 24 de diciembre de 1987). Como se podrá ver, la pulsión pinochetista afloraba en la efervescencia partidaria desde abajo.

Sin embargo, Allamand trataba de contener dichas pulsiones a través de declaraciones que, reconociendo el aporte de la dictadura, re-ubicaran prontamente a los militares a sus funciones tradicionales. Por esto argüía: “Durante la última década el régimen militar ha revertido las anacrónicas tendencias estatistas y sentado las bases para un desarrollo económico y social fundado en la empresa privada, el despliegue de la iniciativa individual, el rol subsidiario del Estado y el esfuerzo por erradicar la extrema pobreza”. Además, agregó que a contar de 1989 las FF.AA. retornarían a sus funciones profesionales. Por tanto, la primera tarea de RN consistirá en “hacer prevalecer tales orientaciones, incluyendo los perfeccionamientos que se precisan en un contexto plenamente democrático, compatibilizando la libertad económica con la libertad política” (ARCHRR, Sección prensa, *El Mercurio*, 24 de diciembre de 1987).

Con todo, al interior del partido había consenso sobre la necesidad de tener prontamente una figura que liderara la tienda. Necesitaban avanzar rápidamente a la elección de un presidente que gobernara el instrumento por un tiempo corto y organizara las primeras elecciones. Así, la comisión política se vio en la necesidad de elegir a quien tomase la testera partidaria. Como era de esperar, la situación fue en extremo tensa. Ninguna tendencia daba su brazo a torcer. Más aún, a partir de la estructura cuoteada de la directiva, se hacía muy difícil que un grupo tomara las riendas por sí solo, obligándose todos a negociar y llegar a un acuerdo transversal. En esto, Gonzalo García propuso a Jarpa como el hombre idóneo para abordar el desafío. El problema fue para la gente de Guzmán, pues desde su óptica esto significaba una derrota importante, ya que revivirían las rencillas iniciadas desde el tiempo de la Unidad Popular. En las sombras visualizaban la proyección natural de la alianza del viejo Partido Nacional. Estos fantasmas generaron una reticencia inmediata.

Al día siguiente y en una segunda reunión los miembros de la comisión política se enfrentaron al problema en la estructura interna, pues para nombrar un presidente se exigían de dos tercios de los integrantes, lo que hacía más intensa la negociación. Además, el propio Jarpa quiso salir de la reunión pues se consideraba como parte involucrada al estar su propio nombre en el debate, disminuyendo con esto sus opciones.

Finalmente, en segunda instancia y bajo voto secreto, Jarpa obtuvo la mayoría relativa⁹. Sin embargo, requería de un voto más para lograr los dos tercios. La solución fue que el aceptara su nombramiento, para que se entendiera que el mismo estaba votando por sí, y con esto se llegara al quorum. Ante su propia aceptación, Guzmán pidió que se dijera públicamente que había sido por unanimidad (Allamand, 1999, p. 136).

A pesar de esto, la nomenclatura sobre la que quedó organizada la dirigencia tenía un problema estructural, la costumbre del cuoteo original partidario no había sido respetada y una de las tendencias se hacía con la presidencia del partido. El riesgo al desequilibrio era altísimo y por tanto a la fractura. Más aún, cuando eran históricas las rencillas entre Guzmán y Jarpa. De esta manera, no hacer las cosas como se venían haciendo traería sus consecuencias.

Con el nuevo presidente acordado, el gran desafío que tenían los grupos eran las elecciones internas, ¿resistiría el instrumento y sus tendencias un proceso electoral que terminase desequilibrando democráticamente el partido? Las elecciones para ese entonces eran vistas como la verdadera unidad de medida sobre el capital político de los grupos y sus respectivas tesis.

Para marzo de 1988 esta pregunta comenzaba a ser respondida. A grandes rasgos, se debían elegir los dirigentes regionales. Luego de eso, en mayo el Consejo General estaría integrado por 334 miembros, de los cuales 125 representarían a la Región Metropolitana y 209 a regiones. Más aún, en la mayoría de las zonas se habría logrado generar listas unitarias, pues no todas las tendencias tenían presencia consolidada en el territorio nacional. Sin embargo, lo crucial estaba en los lugares donde sí se habían organizado. En particular, una agrupaba a Unión Nacional junto al Frente Nacional del Trabajo y la segunda al gremialismo (Revista *Que pasa*, 10-16 de marzo de 1988, pp. 8-9). Las sombras del pasado setentero seguían pesando en la rearticulación de la derecha chilena.

Al respecto, tanto en Santiago, Valparaíso, Antofagasta y Concepción hubo competencia más dura. Con toda claridad, la UDI tenía una fuerte presencia en el mundo poblacional, radicado principalmente en Santiago poniente gracias a un trabajo disciplinado realizado al alero de las instituciones del régimen¹⁰. Por otra parte, Unión Nacional tenía mayor presencia en Santiago Oriente. Con todo, los problemas emergieron tempranamente. Dos días antes de los comicios la secretaria general liderada por García recibía un sinnúmero de reclamaciones entre las listas en competencia. En particular, la acusación que se hacía desde la UDI era que la gente que lideraba la otra lista estaba llamando a votar en lugares no autorizados, dificultando y dispersando con esto la votación (*La Segunda*, 11 de marzo de 1988, p.10.), (*La Segunda*, 25 de abril de 1988, p.11), (*La Tercera*, 18 de marzo de 1988, p.6)

Este último reclamo encendió las alarmas en la directiva generando una reunión entre los líderes de las candidaturas para lograr un acuerdo. Para esto, Jarpa se restó de la reunión al igual que Jaime Guzmán. Era del todo evidente que operarían los delfines en la gestación del consenso. Tras una larga reunión, ya de madrugada afloró un acuerdo que tenía por objetivo evitar las elecciones en la región Metropolitana. Este implicaba para el gremialismo quedarse

9 Según Allamand, el voto faltante para Jarpa en primera instancia habría sido de Luis Angel Santibáñez, a quien el propio FNT lo había nominado. Para ello ver: (Allamand, 1999, p. 136).

10 Para esto ver: Muñoz, Víctor, *Historia de la UDI*, Editorial Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2016.

con 81 consejeros nacionales. La lista UN y FNT quedaba con 41 y los tres restantes serían nominados de común acuerdo. Con esto, el peso de la costumbre del cuoteo caía sobre los líderes como un mecanismo para asegurar la gobernabilidad interna. De la misma forma, la elección abierta se concentraría en Antofagasta, Valparaíso y Concepción (Allamand, 1999, p.142).

Sin embargo, al día siguiente –es decir uno antes de comenzar las elecciones- Jaime Guzmán habría condicionado el acuerdo a algunas modificaciones. Estas implicaban pedir la renuncia de Sergio Onofre Jarpa, así como que cada lista designara un vicepresidente además de seleccionar a un presidente y secretario general de común acuerdo entre ambos grupos. Finalmente, la propuesta de Guzmán terminaba agregando que, dicha directiva se postulara a la reelección para el Consejo General de mayo. Por cierto, esta exigencia para “complementar” el acuerdo no resistía un segundo más al interior de la sede del partido. Ni los colectivos ni sus liderazgos estaban dispuestos a ello. Más aún, al mismo tiempo desde DINACOS (dirección de comunicaciones del gobierno) llamaban para avisar que Guzmán daría una conferencia de prensa. Es decir, el régimen estaba al tanto de todo lo que ocurría (Allamand, 1999, p. 143).

Llegado este nivel y dada la negativa al acuerdo de Guzmán, este dio su conferencia de prensa que concluía con la solicitud de renuncia de Sergio Onofre Jarpa. Con esto el partido queda absolutamente fisurado y su quiebre era inminente. Al día siguiente se iniciaron las elecciones y el gremialismo optó por llamar a no votar en los comicios. Las situaciones que se produjeron durante los días electorales fueron en extremo tensas con pugilatos incluidos. Lo común fue que la gente de la UDI intentara bloquear el paso a los electores de la otra lista para impedir que pudieran ejercer el voto, o en su defecto presionarlos con gritos y acusaciones de traición. Célebre fue la movilización articulada por Pablo Longueira con pobladores de las bases de la U.D.I. hacia la sede del partido para generar la máxima tensión posible. Antes que se iniciara la batalla campal entre grupos y llegase la policía, se retiraron. (Allamand, p. 145)

Como es tradición en la cultura política chilena, el conflicto terminó en el Tribunal Supremo del partido, el que a mediados de abril dictaminó –en fallo dividido- expulsar a Jaime Guzmán de Renovación Nacional. Luego de esto, evidentemente el líder del gremialismo, así como todo su grupo renunciaron en masa y formaron un nuevo partido: UDI por el Sí. Por cierto, pensando en el plebiscito.

De esta manera, el instrumento político se quebraba y los anhelos de una nueva derecha unida de cara a la transición y en pos de la defensa del proyecto dictatorial sufría su revés más duro. Paradojalmente, sus distinciones y estilos seguían separándolos y terminaban reagrupándose de una manera similar a como se habían arropado durante su boicot a la vía chilena al socialismo. Pero, más importante aún, aunque el cuoteo como regla informal había permitido que se mantuvieran los equilibrios necesarios entre tendencias durante su primera etapa, cuando las elecciones democráticas proyectaron desvirtuar ese cuoteado equilibrio, el partido se quebró.

Con esto en su interior quedarían dos grupos. Primero aquella familia que representaba a la derecha tradicional chilena y que se había reagrupado en Unión Nacional. Sus líderes más emblemáticos eran: Francisco Bulnes, Pedro Ibáñez, Juan Luis Ossa y por cierto su figura pública más emblemática: Andrés Allamand. Por otra parte, habitando el partido se quedaba todo el

grupo que venía del Frente Nacional del Trabajo y cuyo liderazgo emblemático estaba reflejado en el propio Sergio Onofre Jarpa, escudado por William Thayer y Ángel Santibáñez. Con toda claridad, el límite que separaba a ambos grupos sería el mismo que ya se había prefigurado a mediados de la década de los ochenta, es decir la cercanía a la figura política de Augusto Pinochet. Mientras que los primeros se sentían más herederos del proyecto político y económico los segundos agregaban la lealtad hacia la figura personal del ex dictador. Esto último, era el límite para el grupo de Allamand. En otras palabras, mientras que los primeros eran críticos pero agradecidos del régimen militar, los segundos eran simplemente agradecidos, pues para ellos ser críticos era sinónimo de deslealtad.

Ahora bien, tras la ruptura se presentaron dos coyunturas relevantes que densificarían el clivaje del partido. La primera sería el plebiscito del 1988 organizado por la dictadura. La segunda, las negociaciones sobre las reformas constitucionales que se configurarían tras el resultado de la consulta popular. Al respecto de lo primero, el grupo de Jarpa -que la prensa bautizará como los “duros”- cerró rápidamente fila con el régimen y declaró su apoyo a Pinochet. Por su parte, el gremialismo ya lo había hecho con su propio slogan “UDI por el Sí”. Mientras que el grupo de Allamand tuvo abiertamente que retroceder. La tesis de U.N. había sido duramente derrotada, pues el itinerario constitucional de la dictadura fue el que se terminó imponiendo y con eso solo quedaban dos opciones: el “Sí”, que incorporaba la figura de Pinochet como candidato y el “No” que implicaba el llamado a elecciones presidenciales. Con todo, la primera alternativa era para este grupo menos dura que la segunda, pues se asumía como una consecuencia inevitable apoyar al dictador en esta nueva etapa. Más aún, era coherente con la trayectoria histórica de la derecha en general, desde la oposición a la Unidad Popular, el apoyo al golpe militar y el respaldo al proyecto dictatorial. De igual manera, el grupo no dejó de anticipar que sería una derrota segura, pues la figura de Pinochet unificaría a toda la oposición por el No, desde el M.D.P. hasta la A.D. Algo que, el grupo de Jarpa le parecía indiferente. De esta forma, Renovación Nacional se fue tras el “Sí” en lo que parecía ser la consecuencia natural de lealtad con el régimen. Así las cosas, los liberales del partido nuevamente terminaban cediendo viéndose obligados a plegarse a la postura del pinochetismo más duro.

El resultado del plebiscito evidenció el diagnóstico que se había realizado desde el sector liberal. La postura por el SI recibió una contundente derrota. Bordeando el 45% quedó relegada tras la unión de la mayoría de la oposición de centro y de izquierda quienes promediaron el 54%. Esta derrota repercutió también en la interna del partido, pues ahora la oposición exigía al régimen militar negociar algunas reformas a la Constitución de 1980 a fin de abordar el futuro gobierno civil.

Luego de esto se abrió una segunda coyuntura importante para Renovación Nacional. A regañadientes Pinochet se vio obligado también a ceder mínimamente y a través del ministro Cáceres, puso su línea de defensa sobre el tablero luego de haberse negado originalmente a cualquier tipo de reforma. De esta manera, la tendencia de Jarpa se vio presionada a abrirse también y entrar al juego de la negociación. Desde el partido, rápidamente se instaló el consenso sobre la necesidad de participar en la mesa con una propuesta configurada por: Carlos Reymond, Francisco Bulnes, Ricardo Rivadeneira y Miguel Luis Amunátegui. Desde una composición equilibrada en sensibilidades, la proposición abordaba el artículo octavo de la constitu-

ción reemplazándolo por la idea del Acuerdo Nacional de 1985¹¹. Además, agregaba cambios en el COSENA, restaba al presidente la posibilidad de disolver la cámara de diputados, flexibilizaba el cuórum para la reforma constitucional y zanjaba el tema de los senadores designados. Lo anterior con la salvedad –demanda de los sectores cercanos a Jarpa– de que los expresidentes participen del senado por derecho propio¹².

Sobre esta base se articuló una comisión “técnica” integrada por representantes de Renovación Nacional, junto al partido Demócrata Cristiano, así como de la izquierda concertacionista. Dicha comisión entregaría una propuesta consensuada para presentarla al gobierno a través del ministro Cáceres. Excluidos quedaron por la derecha el gremialismo y por la izquierda el Partido Comunista.

Una vez entregado el acuerdo de los partidos políticos hacia la dictadura, el gobierno dio a conocer su contrapropuesta. En esta aceptaba la modificación del artículo octavo, sin embargo, sólo incorporaba un civil al COSENA y el senado mantenía su misma constitución, es decir 1/3 era designado. Ello provocó el rechazo por parte de la Concertación, lo que tensó las relaciones y dio el acuerdo por muerto un tiempo. Sin embargo, contra el tiempo y sin mayor capacidad de presión Jarpa y Aylwin retomaron las conversaciones. Por cierto, para ese entonces los puntos de discusión ya estaban en dos: los senadores designados y los cuórum para las reformas¹³. Finalmente los representantes de la Concertación terminaron aceptando a regañadientes una segunda propuesta de Jarpa y Reymond para los cuórum de las reformas, estas quedarían en 3/5 en general y 2/3 para los temas más sensibles. En cuanto a los designados, la dictadura mantuvo su postura original, con la salvedad de que se eliminaría de la constitución la norma que exigía la “reelección” inmediata de los mismos una vez que quedaran vacantes, según Allamand como una señal de transitoriedad (1999, p. 186).

Finalmente, la propuesta se plebiscitó el 30 de julio de 1989, logrando un 85% de aprobación. Allí se sembraban entonces los límites institucionales de la transición chilena. Por su parte, el sector liberal logró avanzar en parte en su agenda, siempre guardando el consenso con los sectores duros de Jarpa y el gobierno. Desde ya, la composición cuoteada de los integrantes a las mesas de negociación, así como la incorporación de las demandas de los duros en las mismas fue el costo pagado. De hecho, los liberales avanzaron en la reforma del artículo octavo, sin embargo, para mantener el equilibrio partidario mantuvieron la transitoriedad de los designados, aunque la dictadura lo rechazó. En cuanto a los cuórum, tampoco lograron la reducción de los mismos como originalmente lo promovían. En otras palabras, fue un acuerdo del todo favorable

11 El artículo 8 de la constitución de 1980 prohibía ideas fundadas en la lucha de clases, en clara alusión al marxismo. En reemplazo de eso, la derecha liberal postulaba que, en vez de perseguir ideas, de lo que se debería tratar era de condenar conductas y objetivos, aspectos que se encontraba en el Acuerdo Nacional.

12 (Allamand, 1999, p. 174) Cabe señalar que Jarpa siguió defendiendo públicamente formas de representación no demo-liberales, pues pensaba que la elección popular no podía ser el único mecanismo para acceder a las decisiones del Estado. Desde su óptica, debían existir formas que sobrepasaran a los partidos políticos para participar en política. A nuestro juicio, este rasgo se explica más bien por la continuidad en su pensamiento de su tradición nacionalista autoritaria formada en la década de los cuarenta del siglo XX. Para ello ver: (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza, 2002 p. 280)

13 En cuanto a lo primero, desde el grupo de Allamand hasta la izquierda de la Concertación rechazaban su existencia. Sin embargo, en RN daban su continuidad solo por un periodo, esto por presión del grupo jarpista. En cuanto a las reformas, este eje se profundizó cuando desde el gobierno se percataron que el capítulo XIV de reformas no se le exigía el alto cuórum de los otros ámbitos y con esto se podían reformar este capítulo con un 60% de los votos.

al régimen al mismo tiempo que permitió mantener en orden al aparato partidario. De igual manera, Jarpa no quedó del todo contento, de hecho, no asistió a la cena de celebración del mismo, la que organizada en la casa de Ricardo Rivadeneira incorporó a todos los integrantes de las negociaciones desde la Concertación hasta la derecha.

Renovación durante los gobiernos civiles: límites y alcances del proyecto liberal

La historia del proyecto liberal y de RN durante los gobiernos civiles tiene su temporalidad propia. Desde el punto de vista de este artículo, es posible evidenciar un primer ciclo que se inicia con los gobiernos democráticos hasta la derrota senatorial de Allamand en 1997. Luego de eso se pasa a una nueva etapa en la que primeramente los sectores liberales resistieron la dirección del partido hasta su derrota definitiva en 1999. Más tarde, se cierra el ciclo completo con las reformas constitucionales de 2005, en un nuevo escenario, sin Augusto Pinochet en la política nacional, con la sombra de Joaquín Lavín como candidato presidencial del sector y la adaptación de los sectores “duros” hacia reformas institucionales que se produjeron en el gobierno de Ricardo Lagos. Reformas que, en los ochenta eran demanda de los liberales, terminaron siendo negociadas por los sectores más conservadores del partido en el 2005.

Una vez que Patricio Aylwin asumiera el mando de la nación y con esto las riendas de un primer ciclo transicional, desde Renovación Nacional utilizaron una estrategia electoral que, mezclando liderazgos tradicionales como los de Jarpa con figuras emergentes como Sebastián Piñera y Evelyn Matthei les permitió encumbrarse como el segundo partido político con mayor representación parlamentaria de Chile y primero de su sector. Además, hubo una propensión a potenciar liderazgos independientes que, una vez adquirido el cargo en el parlamento pasaron a firmar por el partido, permitiéndole aumentar su presencia en las cámaras.¹⁴

Por otra parte, de modo general el gobierno de Aylwin planteaba tres grandes prioridades enmarcadas en dimensiones de su gestión: justicia, democratización y DD.HH. En cuanto a la primera, se postulaba la aprobación de una reforma tributaria para aumentar el gasto social y con eso disminuir la pobreza. La segunda pasaba desde la elección democrática de alcaldes hasta la eliminación de senadores designados. Finalmente, en cuanto a lo tercero se pensaba en “el juzgamiento de acuerdo a la ley penal vigente de las violaciones a los derechos humanos (...) se derogarán las normas procesales dictadas por el actual régimen que pongan obstáculos a la investigación judicial o establecen privilegios arbitrarios (...)”. Finalmente, agregaba la idea de acumular el conocimiento de todas ellas en una sola instancia judicial y la derogación del Decreto Ley de Amnistía (ARCHPA, Bases Programáticas Político Institucionales, 1988, p.4). Todos estos aspectos ponían en un desafío al partido y tempranamente comenzaron a visualizarse dos tendencias. Por una parte, los denominados sectores “duros” liderados por Jarpa eran partidarios de la defensa más irrestricta del proyecto de la dictadura militar y por tanto postulaban centrar al partido como una oposición con poca colaboración. Por otra parte, los

¹⁴ En la cámara de diputados obtuvieron un 18,28% con 29 diputados. En el senado 10,22% con cinco senadores. Además de los nueve senadores independientes electos, siete se incorporaron a RN. Uno de los casos emblemáticos fue el senador Sebastián Piñera.

denominados “liberales” eran más bien partidarios de conceder algunas reformas que permitieran dar continuidad al legado estructural de régimen y con eso legitimar dicho proyecto negociando con el oficialismo. No es casualidad que informes desde la Secretaría General de la Presidencia del gobierno de Aylwin dieran cuenta de la preferencia que sentía el gobierno por el sector liberal, pues los veían más abiertos y como portadores de los votos necesarios para avanzar en reformas. Al respecto planteaban: “Frente a los sectores más duros y conservadores de ese partido, Allamand representa una corriente significativamente más moderna y liberal (...) Desde el punto de vista del conjunto de nuestras metas, nos conviene el triunfo y la hegemonía de Allamand y que ello se produzca lo más pronto posible (ARCHPPA, SEGPRES, Informe de Análisis, 10 de agosto de 1990, p.6).

Sin embargo, la dirigencia del partido seguía ocupada por Jarpa y su gente, haciendo indispensable para el sector liberal disputar ese espacio y desplegar su proyecto de modernización partidaria. Más aún, el líder de la tendencia no ocupaba cargo público alguno, ni parlamentario ni en algún gobierno local, por tanto, estaba dispuesto y disponible para hacerse cargo de la testera partidaria.¹⁵ Con todo, el desafío que existía era de qué manera lograr este cambio sin que se quebrara nuevamente el instrumento político. ¿Se desarrollarían elecciones abiertas y competitivas a riesgo de generar más tensiones o habría un acuerdo cuoteado respetando las costumbres políticas?

Además, la situación era compleja para el funcionamiento partidario, pues la participación democrática de los partidos implicaba nuevos desafíos. Desde ya, el capital político que estaban acumulando los nuevos parlamentarios hacía que su relación con la dirigencia no fluyera del todo. De la misma manera, para inicios de los noventa, los financistas de R.N. se estaban restando, pues la figura de Jarpa como presidente ya no contaba con todo su respaldo. Eran tiempos donde sus socios de alianza -la UDI- contaban con una relación mucho más fluida con el gran empresariado (Luna J.P., 2010).

En el devenir de 1990 cada vez que la prensa le preguntaba a Jarpa sobre el tema de la renovación dirigencial, este respondía con evasivas y terminaba planteando que el Consejo General decidiría la continuidad o recambio para configurar una mesa apropiada. Por cierto, en los códigos internos esto implicaba que la negociación se haría en medio de un agitado consejo, donde Jarpa y su tendencia se movían muy bien. Ante ello, el grupo de Allamand decidió acelerar el proceso y en una reunión de la comisión política, propuso un calendario y reglamento electoral a fin de que desarrollara un proceso más tradicional, es decir con: listas, votaciones, programa político y dirigentes visibles. Por cierto, la comisión política fue tensa y se terminó aprobando sin unanimidad la propuesta confeccionada por Ricardo Rivadeneira (Allamand, 1999, p.225).

Lo anterior obligó entonces a Jarpa a salir de su hermetismo y antes de que venciera el plazo para inscribir su propia lista apostó por una negociación con los liberales, conformando una dirigencia cuoteada que le permitiera mantener un grado de influencia. Por esto, en el consejo general de agosto de 1990 reunido con Allamand le pidió los nombres de quienes integrarían la

15 De hecho, Allamand logró asistir al cambio de mando de marzo de 1990 gracias a una invitación que le hizo llegar German Correa, vocero del gobierno de Patricio Aylwin.

directiva del partido. A su vez, este a fin de mantener los equilibrios cuoteados le otorgó continuidad a algunos que venían de la dirigencia anterior y agregó a otros nuevos. De estos, Jarpa solo vetó a dos: Sebastián Piñera y Evelyn Matthei. Según su apreciación, el primero “es recontra inteligente y tiene plata. Incluso cuando quiere puede ser simpático. Pero yo lo he visto en el Senado. Es acaballado y atropellador...tiene objetivos y no se detiene hasta alcanzarlos. Es mejor tenerlo un poco más controlado. Que aprenda y haga el servicio militar”, y sobre la segunda arguyó, “sus declaraciones sobre DD.HH. no han caído bien en las FF.AA.” (Allamand, 1999 pp. 227-228). De esta manera, dejando caer a sus dos aliados a fin de mantener el equilibrio partidario, el líder de los liberales aceptó la conformación de una directiva respetando la costumbre del cuoteo. Con eso, pasaba a ser presidente de Renovación Nacional y Jarpa se concentraría en su labor como senador, manteniendo grados de influencia en el partido. De hecho, en la mesa directiva quedaron cuatro cercanos a Jarpa: Miguel Otero, Gonzalo Eguiguren, Enrique Larre y Felix Viveros, mientras que cercanos al presidente quedaron: Alberto Espina y Carlos Reymond. Por su parte, Marina Prochelle era más bien articuladora y Cristián Correa continuaba como tesorero. Todo se selló con las declaraciones del otrora presidente del Partido Nacional: “Yo soy amigo de Allamand; él es amigo mío y todos son amigos de ambos” (Allamand, 1999, p. 228).

Resuelto el problema de la sucesión partidaria, la directiva liberal apostó por modernizar el partido. Para eso fundaron su propio think tank llamado “Instituto Libertad”, además se fortalecieron los lazos transnacionales con otros partidos de derecha. Así, en 1992 participaron directamente en la fundación de Unión de Partidos Latinoamericanos (UPLA) creando una primera red de partidos liberales y conservadores propia del continente, encargada de promover entre otras cosas la doctrina neoliberal y la defensa de los tratados de libre comercio. Su líder internacional era el presidente de Colombia Andrés Pastrana. Tiempo más tarde, dicha red se convertirá en la sección latinoamericana de la International Democrat Union, la articulación a nivel mundial más grande de partidos neoconservadores (Pérez, 2022). Al “jarpismo” estas nuevas redes construidas en el proceso de modernización nunca le hicieron mucho sentido, más bien tomaron distancia pues sentían que el verdadero problema de poder estaba más en el campo nacional. De una u otra forma, veían estas nuevas dimensiones como modas extranjeras carentes de la historia política criolla.

Ahora bien, en materia política interna, la estrategia del sector liberal fue denominada “la democracia de los acuerdos”. Esto se traducía en la posición pública de colaborar con el gobierno de Aylwin, consolidando con ello la transición a la democracia demarcada en las reformas constitucionales de 1989 y el proyecto global implementado por la dictadura. Mayoritariamente la directiva y los parlamentarios involucrados en dicha corriente se volcaron de lleno en el slogan, demarcando límites y alcances de las moderadas embestidas del gobierno. Con todo, los espacios de acuerdo con el oficialismo se dieron principalmente en el ámbito económico. En particular sobre la reforma económica que entre otras cosas implicaba un alza al Impuesto al Valor Agregado (IVA), el encargado de la negociación en el parlamento por parte del partido y del mismo sector de Allamand fue el senador Sebastián Piñera. En esto, la relación entre este y el ministro de Hacienda Alejandro Foxley fue bastante estrecha y fluida. Aunque constantemente se remarcaba las quejas del ministro por el ímpetu de Piñera a quien en más de una vez se le habría dicho: “Sebastián, entiende. El ministro de Hacienda soy yo, no tú” (Allamand, 1999, p.243). Finalmente,

el compromiso residió en subir al 18% los impuestos indirectos (IVA), por única vez durante el periodo, además de re cálculo en impuestos a las empresas que estaban por debajo del promedio del régimen militar. De hecho, fue precisamente el senador Piñera quien, una vez cerrado el acuerdo, señaló que este tipo de prácticas y políticas eran las fundamentales para un modelo de mercado (*Historia de la Ley 18.985*, 11 de junio de 1990, pp. 114-115). En una línea similar se dio el acuerdo laboral, generando una trenza pro mercado entre sectores del gobierno y de oposición.

Sin embargo, en materia política los acuerdos no fueron tan fluidos. Aunque luego de duras negociaciones para el año 1992 se logró una reforma política para elegir democráticamente a las autoridades locales, en el plano de los DD.HH., así como las relaciones con las FF.AA. la “democracia de los acuerdos” no siempre logró operar. Primeramente, la temática de los DD.HH. al interior del partido era un asunto delicado. Mientras que la tendencia de Jarpa se veía con una actitud de defensa irrestricta del rol de los militares, la línea de Allamand buscaba generar un discurso consensuado para que en el ámbito público se visualizara una voz homogénea. No podía ser de otra forma, pues como hemos visto en el este artículo, el cuoteo era la costumbre política principal que permitía configurar los equilibrios necesarios. En este sentido, los aspectos aglutinantes de la política de RN eran tres: 1) el ejercicio de memoria que se hacía partía con una explicación histórica que responsabilizaba de la violencia política a los grupos de izquierda, influenciados por la revolución cubana desde la década del sesenta. Desde la visión del partido, el golpe militar habría sido una respuesta defensiva ante el potencial revolucionario de la izquierda. 2) Defensa del legado económico, social y político del proyecto de la dictadura militar, reconociendo matices sobre los tiempos y la profundización de libertades para el retorno democrático, 3) Las violaciones a los derechos humanos habrían sido excesos y responsabilidades exclusivas de quienes las cometieron, no incorporando al general Pinochet ni a las FF.AA. a nivel institucional. A partir de esto último, mientras que la tendencia liberal tenía como práctica condenar inmediatamente las violaciones a los DD.HH. que se iban haciendo públicas, la tendencia de Jarpa buscaba evasivas y vacilaciones. (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza, pp. 212-218).

Evidentemente, con dicha lectura las posibilidades de acuerdo eran nulas, tanto con el centro político y menos con la izquierda. Más aún, las agrupaciones de DD.DD. mantuvieron de manera irrestricta su demanda, demarcando límites para cualquier tentativa de acuerdo con implicancias de olvido y negacionismo. El mejor ejemplo fue el rechazo de la propuesta de “Acuerdo Marco” de Ricardo Rivadeneira, la que apuntaba a finalización de juicios y reducción de penas a presos políticos. También beneficiaba a agentes de seguridad vinculados a represión con la salvedad de autores de asesinatos. Finalmente, endurecía las penas para delitos políticos desde 1990 en adelante. Aunque la comisión de constitución de la cámara de diputados la aprobó por unanimidad, y el propio general Pinochet la había visado comenzando a gestarse un acuerdo gobierno oposición, este rápidamente se cayó tras la aparición de restos de DD.DD. y la negativa de los parlamentarios del Partido Socialista y un sector del Partido Demócrata Cristiano.

En esto fue también fundamental la publicación del “informe Rettig”. Tras la circulación de dicho documento y el discurso de perdón que el propio presidente de la república dio a nombre de la nación, el negacionismo quedó políticamente vacío. Aunque de igual manera tanto el poder Judicial como las FF.AA. le quitaron validez jurídica y la derecha reclamó la falta de

antecedentes históricos de la violencia política. Tras el informe, el las violaciones se hicieron imposibles de negar y sus efectos políticos fueron demarcadores. De hecho, ninguna de dichas instituciones refutó los hechos, sino más bien reclamó por falta de antecedentes para justificarlos. Con esto, la política de la “democracia de los acuerdos” marcaba sus límites.

Sin perjuicio de lo anterior, el golpe más duro para la tendencia se produjo en medio del gobierno de Aylwin. El denominado caso “kiotazo” repercutió en la interna de la denominada “Patrulla Juvenil”, apodo que usó la prensa con el grupo de jóvenes dirigentes liberales entre los que se encontraban: Sebastián Piñera, Andrés Allamand, Alberto Espina y Evelyn Matthei.¹⁶ Tanto el primero como la última de este listado, estaban ponderando bien en las encuestas presidenciales y por ese entonces el propio Jarpa se había acercado a la joven economista a fin de bloquear el paso de Piñera. Por cierto, el caso fue una bomba para el grupo. En cuanto a Evelyn Matthei -luego de haber negado el conocimiento de la conversación expuesta en el programa-, terminó reconociendo que ella había recibido la cinta de un capitán de ejército del área de inteligencia y hecho llegar a Ricardo Claro. Las consecuencias de ello fueron la expulsión del partido. Por otro lado, el propio Piñera siguió investigando el espionaje para denunciar ante las autoridades, lo que le valió el rapto por un par de horas de su hijo, así como diferentes amenazas (Bofill, 1992). Con este golpe mediático se fisuró la cohesión que tenía este grupo de jóvenes liberales, sepultando las opciones presidenciales de ambos.

A pesar de lo anterior, el equipo de Allamand siguió encabezando el partido y más aún, este último se presentó como candidato a diputado siendo electo para el periodo 1994-1998. De esta forma, para el periodo de Eduardo Frei Ruiz-Tagle como presidente, el líder liberal estaría ahora de manera directa en la articulación de los acuerdos desde el parlamento. A pesar de ello, las relaciones al interior del partido se fueron tensando cada vez más con Jarpa y su gente. Desde ya este último en el Consejo General de 1991 se encargó de “agitar las aguas” para que se cuestionase la política de los acuerdos, generando con ello una ovación de la asamblea (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza pp. 432). Más aún, constantemente deslizaba críticas por la prensa contra Sebastián Piñera. En particular, cuestionaba el hecho de que aquel le diera trabajo a dirigentes del partido en sus propias empresas. En un acto de molestia, Jarpa no asistió al Consejo General de La Serena, el 26 de julio de 1992. Tal y como era su costumbre, en sus memorias argumenta que se iba a reunir con la “gente de trabajo” en el sur de Chile, su clientela electoral preferente (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza pp. 435).

Para agregar a esta tensión, la directiva de Allamand negoció el cupo senatorial de la región de El Maule con la UDI, zona preferente del otrora presidente del Partido Nacional. Sin lugar a duda, una pasada de cuentas que a Jarpa no le fue indiferente, pues eso implicaba dejarlo fuera del Congreso para el próximo ciclo parlamentario. En ese entonces, Jarpa cuestionaba abiertamente a Allamand y su política, reclamando que este último estaba en una posición de alejamiento del apoyo al régimen militar, “planteando un rumbo político distinto al que nos había

16 Se trató de un caso de espionaje telefónico desde el servicio de inteligencia del ejército hacia Sebastián Piñera. Información que hicieron saber a cercanos a Evelyn Matthei y que esta hizo llegar a Ricardo Claro. Este último, dueño del canal Megavisión irrumpió en un programa de entrevista política con la cinta donde Piñera trataba de influenciar a un tercero para que el periodista que entrevistase a Matthei fuera duro con ella. Para profundizar esto ver: (Bofill, 1992)

llevado a fundar el partido” (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza pp. 442). Además, para la campaña de 1993 el viejo dirigente del agro terminó apoyando a Evelyn Matthei quien era candidata a diputada por la U.D.I. en San Antonio. Esto le valió una dura crítica epistolar de parte de Francisco Bulnes, además de ser declarado persona “non grata” en dicho puerto. Finalmente, trató de defender el legado de la dictadura formando otro movimiento con independientes pinochetistas (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza pp. 443). Sin embargo, para noviembre de 1993 los resultados de las elecciones internas en Valparaíso mostraron la derrota de los candidatos del “jarpismo” al interior de R.N. (Arancibia Clavel, Arancibia y De la Maza pp. 446). En síntesis, todo parecía indicar que la línea “dura” al interior del partido no estaba rindiendo frutos, su líder quedaría fuera del debate legislativo y el líder de los liberales se desempeñaría como diputado en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

Ahora bien, el segundo gobierno civil del ciclo transicional ha sido caracterizado por su énfasis en la modernización por sobre la democratización (Joignant, 2003). Entre otras cosas la sobre representación de la derecha articulada con los senadores vitalicios y designados hacía muy difícil lograr los quorum supra-mayoritarios. Más aún, el exdictador seguía al mando del Ejército con dos antecedentes de movilización de tropas ante la posibilidad de enjuiciamiento de su hijo en el caso Valmoval (Cavallo, 1999)¹⁷. Junto con eso, existía dentro de las FF.AA. molestia, pues se estaba llamando a declarar en procesamientos judiciales a miembros de sus filas por casos emblemáticos de DD.HH.

Bajo dicho escenario, en la segunda mitad de 1995 el gobierno apostó por enviar al congreso un paquete de reformas constitucionales que entre otras cosas eliminaban los senadores designados y vitalicios, reformaban el COSENA suprimiendo el derecho a voto, así como también modificaba el Estatuto Orgánico de las FF.AA. y la composición del Tribunal constitucional, restando la representación de estas últimas. Además, en el ámbito de DD.HH. agilizaba las causas judiciales contra uniformados nombrando ministros exclusivos y la posibilidad de prestar declaración secreta fuera de tribunales. Para lograr la mayoría legislativa, el propio presidente de la República habría solicitado el apoyo en reunión con el presidente de Renovación Nacional. Por su parte, desde el punto vista de Andrés Allamand el respaldo de esta propuesta tenía una connotación histórica, pues como señala en *La travesía de desierto*: “Para mí también era un asunto de fondo: la derecha seguía aferrada a un orden político de democracia restringida o daba un paso al frente para reasumir el ideario de la democracia liberal. Ése y no otro era el problema. No había escapatoria” (Allamand, 1999, p. 452). De esta forma, se comprometió con el gobierno en otorgar votos a favor de su partido y con esto cerrar el ciclo transicional. Sin saberlo, esto se convirtió en la prueba de fuego la directiva, pues evidenciaría el éxito o fracaso de la transformación de Renovación Nacional en un partido liberal.

Una vez que el gobierno envió el proyecto las reacciones no se dejaron esperar. La U.D.I. rechazó de plano la propuesta, de la misma manera que las FF.AA., la mayoría de los senadores de Renovación Nacional, así como los senadores designados. Allamand recibió la noticia en medio de una reunión en Seúl de la Pacific Democratic Unión del cual era su vicepresidente. Jarpa y los

17 Sobre el caso Valmoval o “pinocheques”, ver: (Cavallo, 1999)

duros acusaban que la propuesta implicaba desarmar la institucionalidad. Esta nomenclatura dejó en la encrucijada a la directiva del partido, pues ponía en tensión la capacidad de ordenamiento tanto de sus parlamentarios como sus líderes más influyentes. De regreso a Chile, el tema fue tratado en la Comisión Política del partido, donde apareció el argumento estatutario, según el cual para este tipo de reformas se necesitaban dos reuniones de la instancia para luego votar. En medio de la discusión, Jarpa argumentó que, dada la envergadura del proyecto, era necesario convocar a un Consejo General donde se discutiera la materia. De esta manera, el experimentado líder de la derecha proponía sacar el debate desde donde se veía disminuido y trasladarlo a una asamblea de dirigentes regionales que, pensaba, tendría mayor aprobación. Allamand aceptó el desafío para que se discutiera el 11 y 12 de noviembre de 1996 en el Consejo General de Temuco. Al salir de la reunión el senador Bruno Siebert habría señalado al propio presidente: “te convencerás de que las bases no te apoyan” (Allamand, 1999, p.451).

Con esto, dado el ambiente árido para apoyar la propuesta, el propio gobierno hizo modificaciones tras conversaciones con algunos senadores de RN que estaban dispuestos a apoyar la propuesta: Piñera, Diez y Otero¹⁸. Esta nueva propuesta fue bautizada como Frei II. De igual manera, el rechazo se mantuvo en los mismos sectores anteriores, más el Partido Socialista y las agrupaciones de DD.HH. quienes veían en el proyecto una manera de negar la justicia a las víctimas. Por otro lado, la instancia partidaria se desarrolló a la vieja usanza, es decir, de ambas tendencias se convocó a su gente movilizándolo a dirigentes regionales, llamando por teléfono a cada uno para convencerlos de sus posiciones. Además, se agregaron declaraciones por la prensa, así como cartas abiertas. La primera parte de la asamblea estuvo signada por la discusión sobre de qué manera actuarían los parlamentarios luego de las resoluciones. Entre ambas corrientes elaboraron una declaración de común acuerdo que, con carácter cuoteado dejó tranquilos a los dos sectores. Entre otras cosas, reconocía que legalmente no existían órdenes de partido, pero que el sentido de este era precisamente coordinar políticas comunes esperando la aceptación voluntaria de los parlamentarios. Así, el acuerdo solo fue un documento de tranquilidad para ambos grupos. Finalmente, cerrado el proceso de discusión y antes de pasar a la votación, Cardemil –representante del jarpismo– ofreció a Allamand un acuerdo; apoyarían las reformas eliminando los senadores designados, pero manteniendo todo el resto tal y como estaba en la constitución. El líder liberal se negó y se desarrollaron los escrutinios. El resultado fue aplastante, las reformas fueron aprobadas en su totalidad por sobre el 60% de los consejeros.

Luego del triunfo de la corriente liberal vino lo más complejo, es decir, hacer valer la institucionalidad partidaria para que los parlamentarios acataran la resolución del Consejo General. Ante esto, la corriente de Jarpa se articuló más allá del partido, sobrepasando la estructura amplió su red de lobby con personas influyentes del sector publicando una inserción en *El Mercurio* llamado: “El valor de la estabilidad” (ARCHRR, Sección Prensa, *El Mercurio*, 1 de diciembre de 1996). Dentro de los firmantes se encontraban el propio ex-Almirante Merino, Carlos Cáceres, Hernán Büchi y Jovino Novoa, es decir, lo más graneado del pinochetismo. Además, aceptó su

18 En particular, el apoyo de Diez más que ideológico develaba con honestidad uno de los temas de fondo. Al respecto arguyó que le gustaban los senadores designados por Pinochet, pero ahora serían los propios presidentes electos quienes comenzarían a seleccionar los senadores designados. Por esto, prefería eliminarlos. Jarpa, memorias. En el caso de Otero, para esta coyuntura tomó distancia de la posición de los “duros” acercándose a los liberales.

lazo con los senadores institucionales y con esto catapultó la política del presidente de su partido. El resultado fue claro, las reformas fueron rechazadas en el senado y solo las aprobaron los senadores: Diez, Pérez, Piñera y Otero. La mayoría del partido en la cámara alta se fue en contra de la propuesta barriendo con directiva liberal en Renovación Nacional.

La coronación de la derrota del sector al interior del partido vino seguido de esto. Para las elecciones parlamentarias de 1997 Allamand fue desbancado por su compañero de lista Carlos Bombal (U.D.I.), quien recibiera el apoyo del propio Jarpa (*El Mercurio de Valparaíso*, 12 de diciembre de 1997, p. b-1). Seguido de ello, este último fue pasado al Tribunal Supremo, sin embargo, el otrora icónico líder de la derecha renunció al partido. De igual manera, la derrota producida hacia el proyecto liberal fue tan robusta que su líder inició su “Travesía del Desierto” emprendiendo rumbo a Estados Unidos (*La Nación*, 26 de diciembre, 1997, p. 6). Desde ahí, vio cerrar el ocaso de su sector, cuando con una directiva cuoteada los liberales lograron mantener a Alberto Espina como presidente partidario, con un vicepresidente representante del sector de los duros: Alberto Cardemil. Luego de eso, el fracaso de la corriente liberal fue remarcado una vez que entrevistado Espina por *El Mercurio de Valparaíso* reconociera que, aunque él se definía como liberal y era partidario de las reformas constitucionales, mientras estuviera en la presidencia no avanzaría en esa política (*El Mercurio de Valparaíso*, 26 de abril de 1998, p. A-13). Con esta declaración, la propuesta perdía toda viabilidad.

Como se puede apreciar, el carácter instrumental del partido fundado en 1987 repercutió en la conflictiva relación de las tendencias en su interior. Aunque el cuoteo sirvió para mantener los equilibrios internos, de igual manera cuando el partido por distintos medios intentó volcarse hacia una política que no era compartida por el otro grupo, la estrategia de “los duros” fue la de sobrepasar la red partidaria. La naturaleza instrumental imprimió su sello de mantención de tendencias limitando la institucionalidad partidaria.

Sin embargo, aunque Allamand mantuvo cierta distancia desde el extranjero, los llamados liberales siguieron existiendo al interior de la colectividad ubicada en calle Antonio Varas. Así, hacia fines de la década del noventa se vieron envueltos en una elección interna, enfrentándose directamente a la otra tendencia liderada por Cardemil. El candidato de los liberales fue Pedro Daza, quien había sido pieza clave en la internacionalización del partido, participando en el primer encuentro de parlamentarios de UPLA en Cochabamba 1993 (Pérez, 2022). Por otra parte, por los “duros” llevaron como candidato al propio Alberto Cardemil quien lideraba su tendencia. Las elecciones tuvieron amplia cobertura por la prensa y el resultado sorprendió a más de un analista. Los liberales fueron ampliamente derrotados por Cardemil quien con su lista promedió el 66% (*El Mercurio de Valparaíso*, 30 de mayo de 1999, pp. 1, A-10). Más aún, lejos de exigir el clásico cuoteo, dejaron “cancha abierta” y decidieron no disputar las vicepresidencias del partido, aunque coparon la comisión política (*El Mercurio de Valparaíso*, 12 de junio de 1999, p. b-2, 14 de junio de 1999, p. A-8).

Ahora bien, hacia fines de la década de los noventa ocurrió el hecho más trascendente para la transición política. La detención de Pinochet en Londres por más de dieciocho meses fue un parteaguas para comprender este periodo histórico (Pérez, 2020). Sus repercusiones fueron múl-

tiples, pero en lo que a este artículo respecta para la derecha fueron dos aspectos interesantes. Primero que todo, la defensa irrestricta del exdictador detenido en Londres. Tanto “duros” como liberales le prestaron apoyo de distintas maneras, ya fuese visitando directamente al general en Reino Unido, o condenando la detención. Nacionalizando el argumento, su discurso se concentró principalmente en asumir la temática como un problema de Estado, “soberanizando” la situación. En otras palabras, para ellos se trataría de un caso de sobrepasar la soberanía nacional pues se trataba de un parlamentario en ejercicio¹⁹. Como segundo elemento, habría que señalar que, conforme la detención del exdictador se prolongaba y extendía por meses el calendario político siguió operando, llegando las elecciones presidenciales de 1999. En esto, la figura del joven alcalde de Las Condes Joaquín Lavín despuntó en las encuestas de manera disruptiva. El intento de primarias por parte de Sebastián Piñera fracasó y Renovación Nacional quedó arrinconada para terminar apoyando al candidato del gremialismo. Conforme se fue desarrollando la campaña, Pinochet dejó de ser un actor clave de la política nacional, más bien paulatinamente la derecha giró su discurso de manera pragmática y comenzó a argumentar que en Chile estaban las condiciones para abordar judicialmente las causas que se le reclamaban a al ex dictador. Esto marcó un punto de inflexión, pues paulatinamente el pinochetismo más duro se fue aislando y la derecha al ver posibilidades de abrir las puertas de La Moneda lo fue sacando de su agenda comunicacional. De esta manera, el programa de Lavín terminó abriéndose a la posibilidad de aplicar las reformas políticas pendientes y cerrar la transición. Entre otras cosas proponía eliminar a los senadores designados, un juicio justo para Pinochet y las FF.AA. Sus pares de Renovación Nacional no se dejaron esperar y el propio Cardemil también señaló por la prensa que “en Renovación ahora estaban abiertos a discutir y aprobar reformas constitucionales que terminaran el ciclo transicional” (*El Mercurio de Valparaíso*, 10 de noviembre de 1999, p. b-1).

¿Qué había cambiado en la política nacional?, ¿Por qué aquellos más férreos opositores a las reformas constitucionales y defensores de la “estabilidad” ahora se abrían a realizarlas? Desde el punto de vista de este artículo, existieron tres elementos a considerar. Primero, el factor Pinochet. Es decir, el exdictador había dejado de ser un actor relevante en las relaciones de poder nacional. Segundo, hubo una creencia en general de parte de la derecha que era posible llegar a la presidencia de la República y para eso debían resolver el tema político tanto de la transición como de Pinochet. De lo contrario, no podrían gobernar en calma. Y tercero, la institución de los senadores designados se estaba volviendo contra su sentido original cual era proteger el legado de la dictadura militar. Ahora en cambio, el propio presidente Frei Ruiz-Tagle se convertiría en senador designado, toda vez que había ocupado la testera presidencial. De la misma forma, las ex altas autoridades del estado electas ya en periodo democrático podrían iniciar su camino a ocupar las plazas designadas, no asegurando una línea de defensa para la derecha y el proyecto dictatorial. Con todo, esto evidencia que más que los constructos ideológicos como determinantes, eran pues las relaciones de poder internas las que terminaban articulando a los actores en sus políticas.

Por otra parte, la candidatura de Joaquín Lavín logró con toda propiedad y a penas con 30.000 votos de diferencia, pasar a segunda vuelta en 1999. Por cierto, con el asombro de su

¹⁹ Cabe señalar que en marzo de 1998 Pinochet paso a ocupar el cargo de senador vitalicio y con eso obtenía el fuero parlamentario lo que se otorgaba una verdadera inmunidad contra los procesamientos de DD.HH.

adversario concertacionista Ricardo Lagos. Aunque finalmente en el balotaje se erigió como triunfador el candidato Socialista-PPD la derecha quedó satisfecha y convencida de que para el 2006 alcanzarían el sillón presidencial. De hecho, en enero del año 2000 luego de los resultados de la segunda vuelta, la historiadora e intelectual ligada al sector Lucía Santa Cruz planteó por la prensa: “hay que buscar una fuerza unitaria de oposición” (*El Mercurio de Valparaíso*, 18 de enero de 2000, p. B-3). Luego de eso, las coincidencias programáticas entre los partidos parecían naturalmente aparecer. Al mes siguiente, desde la directiva de RN aseguraron que estaban disponibles para la reforma a los senadores designados, al COSENA y aumentar las facultades de fiscalización de la cámara, mientras que la UDI agregaba a eso la agenda de resolver los problemas reales de la gente. Además, Cardemil declaraba que uno de los objetivos políticos de los partidos era cerrar la transición (*El Mercurio de Valparaíso*, 5 de febrero de 2000, p. b-1,2)

Al mes siguiente exdictador era liberado en Londres y nuevamente el líder conservador de RN señalaba: “Pinochet ya no es un factor dentro de la política contingente” (*El Mercurio de Valparaíso*, 3 de marzo de 2000, p. b-1). De igual manera, ¿hasta qué punto los “duros” se habían distanciado del senador vitalicio? Hubo ahí dos planos. El primero, discursivo, se presentaba como un alejamiento. Sin embargo, en el segundo -político interno-, se buscaba atar a los futuros acuerdos de reformas constitucionales un retiro de la política contingente de Pinochet sin pasar por aplicaciones de penas por los casos de DD.HH. Esto último fue evidenciado en una discusión interna de parlamentarios de RN en la tratativa de los acuerdos. Allí, los congresistas del ala liberal, entre ellos el diputado por Valparaíso Arturo Longton, le señaló a Cardemil que “el tema de los DD.HH. como el de Pinochet se encontraban bien en la instancia que correspondían, es decir la mesa de diálogo lo primero y en los tribunales el segundo” (*El Mercurio de Valparaíso*, 7 de abril de 2000, p. b-1). Reflejo de lo anterior fue la propuesta confeccionada al poco tiempo por Renovación Nacional para cerrar el ciclo transicional. En esta se aprobaron las reformas constitucionales, además de proponer iniciativas legislativas en DD.HH. Junto con agregar el juicio justo a Pinochet. Como se podrá apreciar, la propuesta era nuevamente una síntesis cuoteada de la disputa interna que aún vivía el partido instrumental. Mientras que los liberales pedían las reformas políticas a secas, los “duros” agregaban gestos para Pinochet. Quien mejor remarcó esto fue el propio Alberto Espina, el que declaró: “Es la misma política que en 1997 fue rechazada” (*El Mercurio de Valparaíso*, 10 de abril de 2000, p. A-9).

Ahora bien, a partir del año 2000 el gobierno de Ricardo Lagos mantuvo un relato y una pre-ocupación preferente por cerrar el ciclo transicional. Aunque en lo económico social continuó la senda trazada por los gobiernos anteriores, es decir –hegemonía en la mantención de los índices macro-económicos positivos, apertura en tratados de libre comercio y ampliación de la política social focalizada-, en lo político en cambio potenció discursos y prácticas simbólicas tendientes a reafirmar la urgencia de cerrar la transición entendida como cambios institucionales. Evidentemente, el escenario era distinto al del inicio de la década de los noventa. Para el nuevo milenio, Pinochet se encontraba aislado políticamente, sometido a proceso en diversos casos, así como algunos militares presos en el penal de “Punta Peuco” por los crímenes de DD.HH. La negación de la existencia de crímenes de lesa humanidad ya no estaba presente. Sobre todo, luego del resultado del informe Valech y el reconocimiento de las violaciones a los DD.HH. a nivel institucional en 2004 por el propio comandante en jefe del ejército Juan Emilio Cheyre. De hecho, el propio

Almirante Arancibia terminó reconociendo por la prensa que: “ya no tiene sentido negar que existieron violaciones a los DD.HH.” (Pérez, 2020). Además, el país evidenciaba algunos cambios culturales tendientes hacia la liberalización de valores y amplitud de consumo.

Bajo dicho escenario entonces, el gobierno de Lagos tomó las declaraciones que los principales partidos de derecha hicieron durante la campaña para discutir las reformas. Es por eso que iniciado el gobierno se instruyeron las gestiones en el parlamento, enviando un proyecto que incluía la agenda rechazada de los noventa, entre otras cosas: eliminación de los designados, reducción de los cuórum parlamentarios, establecimiento de carácter consultivo al COSENA y la atribución presidencial de remover a los comandantes en jefe de las FF.AA. y de orden, entre otras (Historia de la ley 20.050, pp.3-8). A diferencia de los años anteriores, la Historia de la Ley 20.050 (de cinco años de debate) registra pocos desacuerdos estructurales. Más bien, a nuestro juicio se evidencian que los consensos de fondo eran construidos fuera de parlamento, llegando a este a debatir algunos aspectos menores. De hecho, en la votación general sólo hubo tres votos en contra y una abstención de parte del exgeneral de Carabineros Rodolfo Stange, todos ellos senadores designados. Más aún, uno de los votos contrarios, el ex Almirante Jorge Martínez Busch, señaló que rechazaba la reforma debido a que la constitución de 1980 había dado estabilidad al país manteniendo una relación armoniosa entre los poderes del Estado, además: “al desaparecer el rol constitucional de las FF.AA. y de orden, y con ello la inamovilidad relativa de los Comandantes en Jefe y el General Director, se introduce un elemento de inseguridad e inestabilidad en las profesiones de la defensa... si todos son garantes de la institucionalidad, ninguno es garante de la institucionalidad”. Cerró su intervención lamentando el cambio de filosofía de sustento de la constitución (Historia de Ley 20.050, p. 1833).

En cambio, las declaraciones de Alberto Cardemil fueron en otro tono, señalando el aporte de la constitución de 1980 en tanto habría permitido institucionalizar un régimen militar para dar paso a uno civil. Más aún, gracias a las reformas de 1989 fruto del acuerdo entre el gobierno militar y la oposición se habría perfeccionado. Ahora se presentaría “un ámbito de democratización importante, al establecer, por ejemplo, que todos los parlamentarios (...) deben ser electos por votación popular. Nos parece un avance relevante y responde al objetivo que perseguimos todos los presidentes de Renovación Nacional y que hoy estamos concretando” (Historia de Ley 20.050, p. 1521). Evidentemente el relato de Cardemil silenciaba el boicot a las mismas en la década de los noventa.

En un tono similar, el diputado Paya de la U.D.I. esbozó el punto de vista de su partido argumentando su apoyo en una situación particular. Al respecto, remarcó que la constitución había funcionado por un cuarto de siglo dando estabilidad al país, sin embargo, era necesario adecuarla a los tiempos sobre todo por dos cambios políticos que ha evidenciado la sociedad chilena: “uno, la normalización de las relaciones entre el mundo civil, el mundo político y el mundo militar (...) El segundo cambio es la aceptación amplia de la democracia como sistema de gobierno deseable. Aquello que se llamaba protegida, ciertamente deja de tener sentido...” (Historia de Ley 20.050, p. 1837). En otras palabras, para los otrora defensores más leales de Pinochet y su obra, los tiempos habían cambiado, los fantasmas se habían esfumado y por tanto ya no eran necesarios los escudos antidemocráticos. Pero, más importante aún, Pinochet había salido de la primera línea política, sus problemas ahora eran propios del campo judicial.

Con todo, los liberales a quienes otrora les habían desarmado su propuesta en 1996, esta vez quisieron homenajear a aquellos que habían defendido estas políticas de manera continua. Nicolás Monckeberg remarcó el rol de Renovación Nacional tanto en estas reformas como en las de 1989, “A partir de esa fecha, no ha habido ninguna ocasión en la que parlamentarios de dicho partido hayan ocultado su voz para señalar la urgencia de lograr las reformas que hoy estamos discutiendo. Por ello, quiero simbolizar este breve homenaje haciendo alusión a la figura de un ex parlamentario y destacado dirigente de mi partido, Andrés Allamand , quien luchó permanentemente para que esta reforma se perfeccionara” (Historia de Ley 20.050, p. 1526-1529). En una línea similar Alberto Espina señaló: “Vaya mi público reconocimiento a don Andrés Allamand, quien desde mi partido impulsó, junto con los señores Ricardo Rivadeneira, Carlos Reymond y Miguel Luis Amunátegui, las primeras reformas constitucionales, que fueron abriendo camino; (...) a los miembros de las bancadas de enfrente, porque no tengo dudas de que su talento y su participación fueron determinantes para lograr acuerdos de esta trascendencia” (Historia de Ley 20.050, p. 1826-1829).

De esta manera se iba cerrando el acuerdo por las reformas políticas –hasta ese entonces- más importantes de la transición. Evidentemente el relato de los otrora derrotados en los noventa, tendía a silenciar dicha experiencia, dejando su acento en el logro de su presente más que en la derrota de su pasado. Aunque esto hacía pensar cierta continuidad de Renovación Nacional en torno a la aplicación de dichas políticas, la verdad es que ello no fue así. Como hemos visto en este artículo, más que un partido homogéneamente liberal, se trató de un instrumento político con tendencias en conflicto. A ratos (poco) unidas, y en su gran mayoría en pugna. Los liberales solo lograron aplicar sus ideas, cuando los duros se lo dejaron, sin controlar el partido y sin Pinochet en el escenario. Es decir, cuando su propuesta había dejado de ser una amenaza para el pinochetismo duro.

Aspectos finales

A modo de conclusiones generales sobre la historia del proyecto liberal, Renovación Nacional y la transición, plantearemos dos cuestiones.

Lo primero guarda relación con los límites de los acercamientos analíticos eidéticos. Pensamos que el campo ideológico es necesario y útil para comprender las posiciones de los partidos y grupos de los mismos. De hecho, se han logrado importantes avances en la materia. Sin embargo, desde un punto de vista historiográfico sigue siendo fundamental el ejercicio clásico de contrastación histórica que sopesa la experiencia de los propio actores. En este sentido, cuando los trabajos son hegemonizados analíticamente por el campo ideológico tienden a homogenizar las comunidades de sujetos, las que son históricamente más complejas, conflictivas y en permanente construcción. Así, pensar a un partido político y en particular a Renovación Nacional arquetípicamente como liberal, limita las posibilidades analíticas, toda vez que de manera ahistórica se contrasta con un modelo sobre el cual debería calzar. El presente artículo propuso otro enfoque de análisis. Sin descontar los elementos ideológicos, propusimos pensar el partido desde las prácticas y en particular las informales, toda vez que ello posibilita contrastar cómo se comportan los actores con y más allá de los propios discursos. Más aún, los elementos extra lingüísticos pesan en la constitución y construcción

de una agrupación política que se desenvuelve en relaciones de poder. Así, estas últimas le exigen acomodarse y disputar sentidos, prácticas y proyectos para desplegarse como agencia histórica. De esta manera, poner el acento en las costumbres políticas, es decir aquellas instituciones informales que se desarrollan en la práctica, pero que rara vez se enuncian como tal, abre otras dimensiones comprensivas para el devenir de un partido. Este tipo de reglas permiten analizar las relaciones entre tendencias y los consensos básicos para funcionar. Por ello, es que propusimos categorizar a Renovación Nacional más que como “liberal”, como un partido instrumental de diversas corrientes de la derecha, las que se agruparon para enfrentar la transición política venidera. Así, el cuoteo se convirtió en la institución informal más relevante del partido, pues fue el mecanismo que permitía dar cierta gobernabilidad interna a un espacio instrumental. De hecho, cuando este dejó de ser útil para una tendencia, o se quebró o los actores buscaron alianzas más allá del mismo para articularse en su propia política. Lo anterior, a nuestro juicio explicaría la elasticidad del mismo.

Un segundo aspecto guarda relación particularmente con el grupo autodenominado como liberal. ¿Fue un triunfo de último minuto la aprobación de las reformas políticas?, luego de esto ¿es posible pensar a Renovación Nacional como un partido liberal? Desde la óptica de este trabajo, no. La agenda de estos sectores fue originaria de la década de los ochenta. Como vimos en el artículo, hunde sus raíces en Unión Nacional con un escenario de despliegue de la propuesta con Pinochet aún en La Moneda. Bajo esas condiciones su salida no dio los frutos esperados. Tiempo más adelante, hacia fines de los ochenta las rencillas entre tendencias llevaron al quiebre del partido con la salida del gremialismo. Aunque entre otras cosas el cuoteo servía para mantener afiatado al colectivo, una vez que el propio procedimiento electoral se llevó a cabo, su resultado tendió a desequilibrar al instrumento, y por tanto, se quebró. Ahora, para la década del noventa los conflictos entre “duros” y liberales llevaron a la más agresiva derrota de estos últimos. Aun estando Pinochet como comandante en Jefe del Ejército la propuesta liberal generaba roces y conflictos al interior de la derecha, junto a las propias FF.AA. Con esto, nuevamente los liberales fueron derrotados, pues los propios parlamentarios del partido votaron contra las reformas propuestas por el gobierno y respaldadas por la dirigencia de Allamand. En este sentido, es plausible sostener que enfrentados a dichas relaciones de poder la propuesta de cierre transicional de los liberales terminó naufragando. Ahora bien, derrotados también en las elecciones internas de 1999 que llevaron a la testera del partido a Alberto Cardemil como heredero del jarpismo, decidieron no aplicar el cuoteo para la dirección y más bien ocupar cargos en la comisión política. A pesar de ello, para el nuevo milenio el escenario cambió, las relaciones de poder con Pinochet y las FF.AA. se desplazaron, y los designados ahora se estaban convirtiendo en un problema para las familias conservadoras. Recién ahí, y ante la posibilidad de ser gobierno por parte de la derecha, los “duros” aceptaron las reformas junto a la UDI, y por tanto los liberales se plegaron a las mismas, reclamando su origen temprano en su seno. En otras palabras, no fue que las huestes de Allamand lograron mover el límite de lo posible, sino más bien al cambiar las relaciones de poder producto de un nuevo escenario, fueron sus antiguos adversarios internos quienes se abrieron a las reformas llevándolos a sumarse a ellos. A nuestro juicio, pensar a RN como un partido liberal es deshistorizar su desarrollo, invisibilizando sus prácticas y su experiencia histórica en relaciones de poder concretas. Por esto, al categorizarlo como instrumental, podemos ver en su interior el despliegue de tendencias que, dinamizaron la historia de esta síntesis histórica de la derecha política chilena.

Bibliografía

- Allamand, A. (1999). *La travesía del desierto*. Editorial Aguilar, Santiago.
- Alenda, S. (2020). *Anatomía de la derecha chilena*. Editorial Fondo de Cultura Económica, Santiago.
- Álvarez, R. (2015). *Gremios empresariales política y neoliberalismo. Los casos de Perú y Chile*. LOM Ediciones, Santiago.
- Álvarez, R. (2019). *Hijos e hijas de la rebelión*. LOM Ediciones, Santiago.
- Arancibia, P. Arancibia, C. y De la Maza, I. (2002) *Jarpa. Confesiones políticas*, Editorial La Tercera Mondadori, Santiago.
- Arriagada, Evelyn. (2013) "Clientelismo político y participación local". En *Polis* (nº36), 15-38. Disponible en: <https://www.scielo.cl/pdf/polis/v12n36/art02.pdf>
- Barozet, E. y Aubry, M. (2005). "De las reformas internas a la candidatura presidencial autónoma: los nuevos caminos institucionales de Renovación Nacional". En *Política* (Nº 45), 165-196.
- Barozet, E., Espinoza, V. y Ulloa, V. (2020). *Élite parlamentaria e instituciones informales en Chile. Nepotismo y clientelismo como formas de sustento del poder*. En *RES n.º 29* (3) (2020) pp. 595-611. Disponible en <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/180627>
- Boeninger, E. (1997). *Gobernabilidad. Lecciones de la experiencia*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Bofill, C. (1992). *Los muchachos impacientes*. Editorial COPESA, Santiago.
- Cavallo, A. (1998). *La historia oculta de la transición*. Editorial Uqbar, Santiago.
- Correa, S. (2004). *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Editorial Sudamericana, Santiago.
- Drake, P. y Jaksic, I. (1999). *El Modelo chileno*. LOM Ediciones, Santiago.
- Díaz, Nicolás (2016). "Una travesía inconclusa: Divisiones en Renovación Nacional durante el gobierno de Sebastián Piñera". En *Revista de Ciencia Política*, (Nº 2), pp. 481 – 502.
- Fazio, H. (1999). *Mapa actual de la extrema riqueza en el Chile Actual*. LOM Ediciones, Santiago.
- Fermandois, J. (2000). "Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand". En *Estudios Públicos* (Nº 78), 333-373.
- Fuentes, C. (2022). *La transición inacabada*. Editorial Catalonia, Santiago.
- Gálvez A. et. Al. (2021), *Históricas*. LOM Ediciones, Santiago.
- Gálvez. A. (2018). "Historia del movimiento femenino en Chile y su quiebre en la posdictadura". En: Ponce, Pérez y Acevedo. *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la posdictadura chilena, 1988-2018*. Editorial América en Movimiento, Valparaíso.
- Garretón, M. (2012). *Neoliberalismo corregido, progresismo limitado*. CLACSO Ediciones, Santiago.
- Garrido J. y Barrientos C. (2018). "Identidades en transición: Prensa, activismo y disidencia sexual en Chile, 1990-2010", En *Psicoperspectivas* (Nº1), 1-11.
- Godoy, O. (1994). "La cuestión de la transición". En *Revista De Ciencia Política*, (Nº 16), 11-20. Recuperado a partir de <http://ojs.uc.cl/index.php/rcp/article/view/6926>

- Goicovic, I. (2020). "De la refundación dictatorial a la transición democrática. Chile, 1973-1994". En *Historia Actual on-line* (Nº52), 85-100. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7601727>
- Helmke, G. y Levitsky, S. (2004). "Informal Institutions and Comparative Politics: A Research Agenda". En *Perspective on Politics* (Nº 4), 724-740.
- Huneus, C. (2014). *La democracia semi-soberana*. Editorial Taurus, Santiago.
- Joignant, A. (2003). "La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle". En: Muñoz y Stefoni (ed.). *El periodo del presidente Frei Ruiz-Tagle*. FLACSO-Chile y editorial Universitaria, Santiago.
- Luna, J. P. (2010). "Segmented Party-Voter Linkages in Latin America: The Case of the UDI". En *Journal of Latin American Studies* (nº42), 325-356. <http://www.jstor.org/stable/40784985>
- Luna, J. y Rovira, C. (ed.). (2014). *The resilience of the Latin American right*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Monsálvez, D. (2013). "La dictadura militar de agosto Pinochet como historia del presente: historiografía, dictadura, transición, demanda social y crisis de representatividad". En revista *Historia Actual* (nº30), 175-191. Disponible en: <https://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/hao/article/view/823>
- Morales, M. (2004). *Zorros y leones en la derecha política chilena. La coalición de partidos UDI-RN 1989- 2001*. Tesis para optar al grado de maestro en ciencias sociales. México D.F.: FLACSO-México.
- Morales, M. y Bugueño, R. (2001). "La UDI como expresión de la nueva derecha en Chile". En *Estudios Sociales* (Nº 7), 2-26.
- Moulán, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM Ediciones, Santiago.
- Muñoz, O. (2007). *El modelo económico de la Concertación*. Editorial Catalonia-FLACSO, Santiago.
- Muñoz, V. (2013). *Historia de la UDI*. Editorial Alberto Hurtado, Santiago.
- Ottone, E. y Pizarro, C. (2003). *Osadía de la prudencia. Un nuevo sentido del progreso*. Fondo de Cultura Económica, Santiago.
- Pérez, A. (2020)a. *Clientelismo en Chile. Historia presente de una costumbre política*. Editorial Alberto Hurtado, Santiago.
- Pérez, A. (2020)b. "¿Nuevas derechas? Plasticidad conceptual y tensiones transnacionales. Reflexiones sobre el estudio de las derechas en Chile". En *Divergencia* (Nº15), 111-129. Disponible en: https://www.revistadivergencia.cl/wp-content/uploads/2021/10/Div_15_09-06.pdf
- Pérez, A. (2022). "Cerrando la dictadura y abriendo los tratados de libre comercio. Redes transnacionales partidarias de la nueva derecha: IDU, UPLA y el partido Renovación Nacional de Chile, 1983-1997". En *Revista de historia (Concepción)* (nº2), 663-690. <https://dx.doi.org/10.29393/rh29-38cdap10038>
- Pérez, A. (2015). *La UDI tras el telón*. Editorial América en Movimiento, Valparaíso.
- Pinto, Ponce y Santibáñez (2018). *Trabajadores y trabajadoras*. Editorial América en Movimiento, Valparaíso.
- Rojas, M. (2020). "El faccionalismo en el Partido Socialista de Chile durante los años ochenta". En *Izquierdas* (Nº49), 4759-4792.

- Rubio, P. (2013). Los civiles de Pinochet. Santiago: Ediciones DIBAM.
- Siavelis, P. (1999). Continuidad y transformación del sistema de partidos en una Transición “modelo”. En: Drake y Jaksic. El modelo chileno. LOM Ediciones, Santiago.
- Siavelis, P., Sehnbruch, K., Barozet, E., y Ulloa, V. (2022). “Public Appointments as Informal Institutions: Lessons from the Cuoteo in Chile, 1990-2018”. En Revista de ciencia política (nº 3), 537-563. <https://dx.doi.org/10.4067/s0718-090x2022005000114>
- Thielemann, L. (2018). Anomalía social de la transición. Tiempo robado editoras. Santiago.
- Toro, S. (2007). “Conducta legislativa ante las iniciativas del ejecutivo: unidad de los bloques políticos en Chile”. En Revista de Ciencia Política (nº1), 23-41.
- Valderas, J. (2011). La heterogeneidad en el partido Renovación Nacional Chile 1983-2005. Tesis para optar a los grados de Licenciado en Educación y Licenciado en Historia, Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Valdivia, V. (2008). Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha. LOM Ediciones, Santiago.

Fuentes primarias

ARCHIVOS:

- Ricardo Rivadenerira.
- Pedro bñez.
- Presidente Aylwin.
- Patricio Aylwin.

PRENSA:

- La Tercera.
- El Mercurio.
- El Mercurio de Valparaíso.
- La Nación.
- La Época.
- La Segunda.
- Estrategia.

REVISTAS:

- Renovación.
- Que pasa.

HISTORIA DE LEYES:

- Historia de Ley 20.500.
- Historia de Ley 18.985.